This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HARVARD LAW LIBRARY
3 2044 073 098 022

Escosura

España, Napoleon, Roma

73
77
HD

HARVARD
LAW
LIBRARY
1860

73
77

73/77

4214
8266

Escosura (Patricio de la).

440

España, Napoleon Roma.

73
77

Madrid
1860.

705

libro

la Hinojosa....

m. 8. fol. 19.

73/77

3943

ESPAÑA, NAPOLEON, ROMA,

POR

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Segunda edicion.

3943
NUM.

MADRID.
IMPRENTA DE LUIS BELTRAN, SACRAMENTO, 10.
1860.

Este Folleto es propiedad de su Editor, quien perseguirá ante la ley á quien le reimprima ó traduzca sin su permiso.

I.

¿Serán restaurados en sus tronos los Grandes Duques de la Italia central.—¿Há de forzarse á la Romanía á someterse á la autoridad temporal del Papa?

A esos dos puntos, hoy y por ahora, se reduce sustancialmente la cuestion de Italia; todo lo demas, por importante que sea, lo es mucho menos.

La emancipacion de los Ducados y de las Legaciones consagraria solemnemente, como base del Derecho público europeo, el gran principio de la *Soberanía Nacional;* y si ese se viera, en fin, oficial y diplomáticamente reconocido, claro está que los Tratados de 1814 y 1815, ó, para hablar con mas propiedad, sus ya por dicha escasos restos, hundiéranse por falta de base, puesto que la suya era el dogma Teocrático-absolutista, es decir: el *Derecho Divino* de los Reyes.

Al triunfar, la gran Coalicion, del primer Emperador de los Franceses y destronarle, distribuyéronse Reinos y Provincias, á medida del interés y conveniencia de los Soberanos; ahora se trata

de que los pueblos escojan sus Príncipes, y determinen la forma de su Gobierno.

Entonces, sin tomar para nada en cuenta ni la opinion, ni las necesidades, ni las simpatías de las Naciones, reivindicáronse los Tronos, como si fueran heredades patrimoniales; alegando pergaminos enmohecidos, y hasta la prescripcion por tiempo: ahora son otros los títulos, y muy diversas las consideraciones en cuya virtud ha de fallarse este gran litigio.

La Italia tiene derecho á ser un pueblo independiente, y que lo sea conviene á la estabilidad del equilibrio europeo. Por eso y para eso, *Napoleon III* ha vencido en Magenta y Solferino juntamente con *Victor Manuel* y con *Garibaldi*. ¿Quién, por obstinadamente que quiera cerrar los ojos, puede negarlos á la clarísima luz de los hechos? ¿Qué preocupacion, ni de interés ni de fanatismo, bastará para desconocer la elocuente significacion de esos tres nombres juntos: *Napoleon*, *Victor Manuel*, *Garibaldi?*

Napoleon III, el azote del Parlamentarismo, el mas robusto campeon del principio de autoridad en nuestros dias, tira su espada, prodigando la sangre y los tesoros de la Francia, para *expulsar de Italia* á los Austriacos, no para *conquistar* las posesiones del Austria en Italia.

Victor Manuel, el vencido de Novara, el sucesor de Cárlos Alberto, el Rey liberal, el campeon de la independencia, el representante de la histórica casa de Saboya, combate á las órdenes del Emperador, con la abnegacion y la modestia del mas oscuro soldado, sin condiciones prévias, sin garantías de ningun género; y el Demócrata ardiente, el célebre guerrillero de 1848, Garibaldi, acude presuroso á pelear bajo las órdenes del Emperador y del Rey, prestándoles á entrambos, además de los importantes servicios de su espada, el apoyo de su popularidad inmensa.

El César moderno, elevado al trono por el sufragio universal; el Monarca de raza, pero constitucional por conviccion como patriota por instinto; y el adalid del pueblo, mas italiano que demócrata, y mas sensato aun que valeroso, con serlo tanto, uniendo la fuerza de sus brazos, y el prestigio de sus nom-

bres contra el Austria, no podian menos de vencerla como la han vencido.

Los nombres de *Napoleon III*, *Victor Manuel*, *y Garibaldi*, fueron para la dominacion Tudesca en Italia, y son acaso para el principio de la *Legitimidad* por Derecho Divino, lo que las tremendas palabras, MANE, TEKEL, FARES, para Baltasar: fatídico, aunque inútil, anuncio de su castigo y ruina.

Perdió el Austria la Lombardía en dos batallas; como elásticos proyectiles por vigorosa diestra lanzados contra marmóreo pavimento, saltaron desde sus tronos, al primer estremecimiento de sus encadenados súbditos, los Duques Lugar-tenientes en Italia del Gabinete de Viena; las *Legaciones* de un solo golpe de mano, deshiciéronse del yugo clerical; y con otra jornada como la de Solferino, realizábase el magnífico Programa del Emperador de los Franceses al abrir su tan breve como sangrienta y gloriosa campaña: la Italia era libre desde los Alpes al Mar Tirreno, y al Adriático.

Pero súbito Napoleon y Francisco José hacen la paz en Villafranca, de Soberano á Soberano, y como si de sus personales intereses se tratara solamente.

Si el Piamonte ha ganado la Lombardía, el Austria conserva su formidable cuadrilátero; Venecia, con vagas promesas de mejor Gobierno, ha de seguir gimiendo cautiva; los Grandes Duques, que han militado en las filas alemanas contra los defensores de la independencia, volverán á los tronos de que desertaron; y las Legaciones tendrán que formar parte de nuevo de los Estados Pontificios.

«¡Napoleon III ha vuelto en sí, aunque tarde! (exclamó el Absolutismo Teocrático): »Solferino y Magenta serán glo»rias estériles; y con el tiempo recobrará el Austria lo que »hoy ha perdido! ¡Gloria al Emperador de los Franceses!»

«Napoleon III retrocede (dijo á su vez el Liberalismo); »Napoleon, olvidado de su orígen, se lo sacrifica todo á con»graciarse con los que, solo mientras le teman, serán sus amigos. »Nada ganó Italia en Magenta y Solferino; todo queda por ha»cer: pero el tiempo traerá la Revolucion en su dia.»

A juzgar por las apariencias, razon tenian tanto absolutistas como liberales; pero engañáronse unos y otros, procediendo el error comun de mirar cada cual los hechos al través del prisma de las ideas, de los intereses, y de las aspiraciones propias de su Partido.

Napoleon III tiene su política, tan peculiar como profunda: examinémosla imparcialmente; quizá nos dé su análisis la clave de muchos misterios, y con ella la explicacion de sus aparentes contradicciones.

II.

Esa política que, muy frecuentemente y con visos de razon por el momento, se ha calificado de instable y versátil, es, sin embargo, siempre la misma: una política de *equilibrio y de compensaciones*; una política eminentemente *práctica*; una política, en fin, que sin dejar de ser, como es preciso que lo sea hasta cierto punto, *egoista*, busca siempre lo que juzga *mas conveniente y grande* dentro de los límites de lo posible. No hay sentimiento, no hay poesía en esa política: todo en ella es cálculo, razon, sentido comun, y tacto.

Todo para el Pueblo nada por el Pueblo, decia Napoleon I; y esa máxima profesa el restaurador de su dinastía, en cuanto al Gobierno interior de la Francia.

Máxima inadmisible en buena teoría; máxima, que para ser aceptada como de transaccion siquiera, exige que ocupe siempre el Trono un *Grande hombre*, que una á su Grandeza una rectitud de conciencia y una ventura constantes; máxima que, divorciando al Trono del Pueblo, le deja sin fuerzas para resistir á cataclismos como los de 1814 y 1815: pero máxima, tambien, que no le ha estorbado á la Francia cubrirse de gloria bajo el cetro del inmortal vencido de Watterloo, ni figurar hoy en primer término en Europa.

Para los Franceses la gloria de sus armas y la supremacía de su Diplomacia en lo exterior, así como en lo interior la prosperidad de sus intereses materiales, la igualdad ante la ley, la seguridad absoluta de sus propiedades, la personal en lo civil, y la tolerancia religiosa de que hoy gozan, parece que compensan la libertad política de que están privados. No pensamos, ni sentimos como ellos en esa parte: pero su aquiescencia y no la nuestra, es para Napoleon lo importante.

Reina, pues, en Francia, *compensando* lo que tiene de Autócrata, con lo que protege y fomenta como inteligente administrador; y equilibra la falta de libertad política en lo interior, halagando el orgullo nacional con lo preponderante de su influencia en los destinos del mundo.

Las glorias de Crimea y los triunfos de Italia, hacen olvidar el Golpe de Estado y las Deportaciones á Cayena.

El proceder del Emperador es siempre el mismo; su conducta lógica, su rumbo sigue constantemente, y sin deviacion esencial, el derrotero que á su entender ha de conducirle á consolidar su dinastía y engrandecer la Francia. Tal vez se engaña, tal vez equivoca los medios, pero su propósito es invariable: quiere reinar, quiere que reinen sus descendientes, quiere él ser ahora, y quiere que ellos sean en su dia soberanos de una Potencia de primer órden, sin aspirar por eso, como el coloso cuyo nombre lleva, á reproducir en el siglo del Vapor y de la Electricidad, aquel soñado Imperio de Occidente, á que apenas pudo Carlo-Magno, en las tinieblas de la Edad media, dar la efímera existencia y mal distintas formas de una evocada sombra. En Napoleon III, ya lo hemos dicho, domina el *sentido comun* hasta sobre el orgullo personal y el egoismo dinástico; su tacto le preserva de que ni la ambicion misma le alucine; por tanto su política exterior es siempre, como la interior, compensadora y de equilibrio.

No sabe ó no quiere el Emperador andar á saltos, sino por sus pasos contados, jornada tras de jornada, con celeridad cuando las circustancias lo exigen, pero sin exponerse nunca á perder el aliento por precipitarse innecesariamente.

Aleccionado durante la primera mitad de su vida por una du-

rísima experiencia, sabe darle tiempo al tiempo. Así, ve caer á Luis Felipe, y aguarda á que se le rehabilite para volver á Francia; es Diputado, y toma ostensiblemente muy poca parte en los negocios públicos, sin perjuicio de preparar su eleccion para la Presidencia; y ya primer Magistrado de la República, aguarda á que *se le vea en la necesidad* de optar entre la proscripcion y el trono, para arrogarse la dictadura por medio de un Golpe de Estado.

Pero ni á esa aventura misma se lanza con la imprevision del jugador, que se confia ciego á los azares de la suerte; todo lo tiene calculado, todo previsto; á la Fortuna no le deja mas de aquello de que absolutamente no puede despojarla.

Ya es, en fin, Emperador; y la Europa contempla su advenimiento, mas recelosa que asombrada.—¿Van á renovarse los dias de Austerliz y de la Moscowa? ¿Será preciso que otra vez todos los Monarcas coligados lleguen, espada en mano, hasta las Tullerías?.... «Nó: *el Imperio es la Paz;* Napoleon III, como Napo»leon I, ha surgido para poner término á los desmanes revolucio»narios. La voluntad del Pueblo francés, expresada por siete mi»llones de votos, elevándole al Trono, le ha hecho símbolo á un »tiempo de los *principios de Progreso* triunfantes en 1789, y de »los *conservadores* que la experiencia tiene acreditados como in»dispensables para el bien de los pueblos y de los Reyes. La Fran»cia respeta la independencia de las demas naciones, como está »resuelta á mantener la propia: no aspira á extender sus límites; »tampoco á subvertir el Derecho público vigente; solo quiere, en »uso de su autonomía, gobernarse como lo juzga conveniente, y »que se le guarden las consideraciones y respetos á que tiene de»recho.»—Tal fué el lenguaje del Imperio al despertar de un letargo de cerca de cuarenta años, á la muerte muy parecido; tales las seguridades que se dieron á los *Príncipes legítimos* para que tolerasen aquel trono esencialmente revolucionario; y tales las prendas, en cuya virtud, pudo el nuevo Monarca, coronado *por la Voluntad del Pueblo*, tomar asiento á par de los que se decian representantes de Dios en la tierra.

En tanto Napoleon III, aprovechándose hábilmente de la paz

exterior, á costa de prodigios de moderacion y de no escasos sacrificios de dinástico orgullo comprada, empleábase desahogadamente en asentar su trono, y habituar la Francia á su cetro, promoviendo sus intereses materiales, y tratando de compensarle la pérdida de la libertad política con el aumento de la riqueza en lo interior y de la influencia en lo exterior.

Porque, es preciso confesarlo: la política de Napoleon III, como la del Cardenal de Richelieu, si bien peca de *egoista*, jamás deja de ser eminentemente *francesa*. Mas de una vez el Emperador ha sabido sacrificar sus personales inclinaciones y resentimientos, al interés de la Francia; y mas de una aparente contradiccion en su conducta, con respecto á las relaciones exteriores, se explica satisfactoriamente, cuando con imparcialidad se estudia lo que, dadas las circunstancias, convenia en cada caso á la Francia misma.

Por eso Napoleon es el primer Monarca que, sobreponiéndose á las preocupaciones dominantes en aquel pais, ha comprendido bien que la Francia y la Inglaterra, lejos de ser forzosamente enemigas, tienen ambas grande interés en mantenerse unidas; por eso el Emperador, con frecuencia á pesar de sus ministros, y mas de una vez contra el torrente de la opinion pública, viene hace ocho años sustentando firme la buena inteligencia de su Gobierno con el de la Gran Bretaña. Poco importa que antiguos odios ya inmotivados, y tradicionales rivalidades hoy sin objeto, fermenten acaso todavía de uno y otro lado del Canal de la Mancha; podrán sucesos fortuitos producir, como ya produjeron, síntomas alarmantes para la paz entre las dos grandes Potencias occidentales: pero en Lóndres como en París, la mayoría de las clases productoras, y todos los verdaderos hombres de Estado se opondrán siempre, como se han opuesto hasta ahora, á que la guerra estalle.

Mientras Napoleon III no aspire á la Monarquía universal, ni la Inglaterra á contrariar violentamente el desarrollo natural y lógico engrandecimiento de la industria y del comercio en Francia, bien puede asegurarse, en cuanto cabe en los límites de la humana prevision, que no se hostilizarán aquellas dos grandes Potencias.

De ese principio culminante, ó mas bien capital, se derivan en gran parte las reglas á que el Gabinete imperial se atiene en su política exterior.

En Crimea prestóse el Emperador, mas al parecer en interés de la Gran Bretaña que directamente en el de Francia, á poner límites á la influencia rusa en Oriente; pero conseguido ese objeto, sin quebrantar esencialmente el natural poderío Moscovita, y tambien el de acreditar á la faz del mundo que los soldados del segundo Imperio francés no valian menos que los del primero, Napoleon, atento á su sistema de equilibrio, hizo la paz; limitando sus exigencias por el momento á dejar previsoramente echados los cimientos, en aquellas regiones, de un Estado neutral entre la Rusia y la Turquía, declarándose, como lo hizo, favorecedor de la fusion en uno de los dos Principados Rhumanos.

Pero señalemos, además, otros dos importantísimos resultados de la campaña de Crimea: desde entonces fermenta el gérmen de la discordia entre la Rusia, justamente ofendida, y el Austria que, con su doblez pusilánime, dió el golpe de gracia á la Santa Alianza y á su propio poder acaso.

Desde entonces tambien debe la Inglaterra haber aprendido, y sabe Europa que, como *Potencia militar*, no es menos superior la Francia á la Gran Bretaña, que esta á aquella como *Potencia marítima*.

Durante el largo entreacto político que media entre la guerra de Crimea y la de Italia, la alianza anglo-francesa parece debilitarse; el atentado de Orsini hace preponderar momentáneamente en las Tullerías el espíritu reaccionario, perseguidor é intolerante de ciertos exajerados Napoleonistas; Palmerston sucumbe; los *Torys* reemplazan á los *Whigs* en el ministerio, porque la opinion pública se subleva en Inglaterra contra la deferencia de los últimos á las exigentes pretensiones del Gobierno de París; y la proteccion, mas que nunca dispensada á los emigrados políticos, con la absolucion además del Doctor Bernard, parecen ser, en conjunto, un reto del pueblo británico al Emperador de los Franceses. La guerra es inminente; todo el mundo oficial la pide en Francia; los Coroneles se disputan ya la vanguardia; la Europa espera, estremecida, la

catástrofe de un rompimiento, que no puede menos de estallar de un momento á otro..... ¡Vanos temores!—Napoleon III, tras algunos dias de reposo, ha vuelto á empuñar las riendas del carro político, y su mano, tan hábil como vigorosa, sabe mantenerlo, sin mengua de su decoro, en el sendero de la paz con sus poderosos vecinos.

La Inglaterra, á su vez, vuelve tambien en sí; los Torys, un momento fuera de razon y por circunstancias excepcionales galvanizados, desaparecen de la escena política en que su efímero papel se ha terminado; y Palmerston forma un nuevo Gabinete, pero á condicion de liberalizarse, asociándose á Lord Jhon Rusell.

En tanto Napoleon, sin romper con nadie abiertamente, ha logrado, en lo posible hoy, la union de los Principados Danubianos, preparando su complemento para un porvenir no lejano; hále tambien arrancado á la Prusia el canton de Neufchatel; ha expuesto en el *Pilory* de la Diplomacia, ante el mundo civilizado, al Gobierno de Fernando de Nápoles, anacronismo despótico inconcebible en nuestra época; y mientras, como siempre, atiende á los intereses materiales de la Francia, adiestra sus armas en la Argelia, y extiende sus relaciones comerciales luchando contra Bárbaros intolerantes, unido á los españoles en la Cochinchina, y en el celeste Imperio juntamente con los ingleses.

A favor y so pretexto de tales acontecimientos, un formidable Ejército y una respetabilísima Marina Militar se organizan en Francia, sin que la Europa vea razon, ni halle motivo para alarmarse. Napoleon no gusta de que el amago preceda al golpe.

En Italia, mientras, se va acercando el tiempo de una crisis ya inevitable; porque Dios, que les ha dado á los Italianos una patria con geográficos límites, un idioma especial, y una historia que es la del mundo moderno occidental en su orígen, quiso y quiere que sean un gran Pueblo, y no un agregado de colonias austriacas ó de provincias espiritualizadas.

El sistema constitucional, en el Piamonte lealmente aceptado por un Rey tan Patriota como soldado, y con tino admirable dirigido por un gran Ministro y eminente ciudadano, haciendo la

prosperidad del pais, es al mismo tiempo la desesperacion de los demás italianos que con envidia lo contemplan, y el terror de sus opresores, no sin causa temerosos de que algun dia llegue á serlo de su ruina.

Cerdeña, enviando á Crimea sus soldados, supo entrar dignamente y con derecho en el Senado Diplomático europeo; y el talento y prevision de Cavour en el Congreso de Paris, plantaron en feraz terreno el Laurel que habia de coronar en Magenta y Solferino á Sardos y Franceses.

Mas: ¿por qué Napoleon, contradiciendo sus antecedentes políticos, tiró la espada en defensa de la causa revolucionaria?

Tal es la pregunta que hemos oido repetidamente en labios de personas de muy distintas opiniones.

Como la cuestion está en ella mal planteada, no se encuentra fórmula alguna para resolverla que no sea la del absurdo.

Napoleon, al emprender la guerra de Italia, no contradijo sus antecedentes políticos, tanto porque esos no son los que se le suponen, como porque no tiró la espada en defensa de la Revolucion, sino para sustituir al sistema de supuesto equilibrio europeo decretado en 1815 *contra la Francia* y por sus vencedores, otra ley realmente de equilibrio, pero provechosa al Imperio nuestro vecino, y por dicha tambien á las demas naciones occidentales que, en virtud de los tratados de Viena y de Paris, de Laybach y de Verona, quedaron á la santa alianza supeditadas.

Napoleon es enemigo del sistema parlamentario en Francia: mas no se ha erigido nunca, como la Santa Alianza lo hizo, ni en propagandista á mano armada del Despotismo Monárquico-Teocrático: ni en voluntario verdugo de liberales extranjeros á sus dominios.

Napoleon reconoce y proclama el principio de la *Soberanía popular*, en el cual funda exclusivamente su legitimidad; Napoleon no se pretende representante de Dios, sino del Pueblo que por el sufragio universal le ha confiado el poder supremo, aprobando la constitucion del Imperio. No hay para qué discutir ahora si esos principios se han aplicado y se aplican ó no

sincera y liberalmente; lo importante en la cuestion presente es que se proclaman, y son la base de la Política imperial.

Enemigo forzoso; y hasta por juro de heredad, de los tratados de 1815, y representante de la Soberanía popular, Napoleon pues, peleando por la independencia de Italia, lejos de contradecir sus antecedentes políticos, obra en consecuencia con ellos; y á mayor abundamiento, conforme á su constante política de equilibrio y de compensaciones.

Él se ha impuesto, y cumplido hasta hoy, la ley de no extender los límites de la Francia; en compensacion, no puede consentir en que el Austria traslade hasta los Alpes sus fronteras, para hostilizarle cuando le plazca por aquella parte, y en las márgenes del Rhin simultáneamente.

El equilibrio en tales condiciones seria una quimera; mientras que, reducida el Austria á sus límites propios, y creado un Reino Itálico con vitalidad y fuerza propias, cada cual quedaria en su puesto, y todo realmente equilibrado.

La cuestion es compleja, y contiene en sí otras dos, que aparecen y están íntimamente ligadas, pero que en su esencia son muy distintas: la de la *independencia italiana*, condicion forzosa del equilibrio europeo: y la de la *constitucion mas ó menos liberal* porque haya de regirse la nueva Monarquía. La solucion del último problema á Italia sola le incumbe; Napoleon no se ha mezclado en el asunto que sepamos, bastándole sin duda asegurarse, en el mero hecho de constituirse en patrono de la Independencia italiana, de que no han de tener los discípulos de Orsini, como tampoco los Mazzinianos, su cuartel general en la corte de Victor Manuel.

Si el Emperador, pues, ha favorecido el liberalismo en Italia, como nosótros lo creemos, hízolo indirecta é incidentalmente; su verdadero fin fué, y no podia menos de ser, el que apuntado dejamos: reducir al Austria á sus naturales límites por aquella parte, crear en la Península italiana un Reino bastante poderoso para servir de frontera y vanguardia á la Europa occidental; y asegurarle á la Francia en el nuevo Estado una influencia para ella necesaria y legítimamente conquistada. Pero

hay mas todavía: á la alta é indisputable capacidad del Emperador de los franceses no pudo ocultársele, ni que un rompimiento entre el Piamonte y el Austria era ya inevitable, ni que el resultado de aquella lucha habia de ser por necesidad, ó la conquista de toda Italia por los Alemanes, ó el triunfo de los Patriotas, de todo punto imposible sin un alzamiento universal y completamente revolucionario.

En el primer caso, Austria quedaba á las puertas de Francia; en el segundo, el Pontificado, el Trono de Nápoles, los de los Grandes Duques, tal vez el del Piamonte mismo, naufragaban en la tormenta revolucionaria, y no cabia término medio entre tomar las armas para atajar aquel incendio, si daba tiempo para ello, ó sucumbir por él devorado.

¿Podia y debia Napoleon, ni aun en interés de los principios conservadores mas exagerados, permanecer indiferente expectador de tan espantoso conflicto?

Nó: su intervencion en favor de la Independencia italiana, lejos de merecer el nombre de inconsecuencia, fué un acto lógico de alta prevision política.

III.

¿Por qué, pues, la Paz de Villafranca? ¿Por qué no penetrar en el Cuadrilátero, vencer todavía una batalla, y arrojar á los Austriacos, desde los muelles de la poética Venecia, á las olas de aquella Mar un tiempo esposa de los Soberanos de la serenísima República?

Para analizar la política del Emperador en ese punto, impondremos silencio á nuestras opiniones personales, y hasta á los sentimientos de nuestro corazon; procurando colocarnos en el punto de vista mismo, desde el cual nos parece que Napoleon III hubo de considerar la cuestion de Italia, al decidirse á poner término á la Guerra en Villafranca.

Recordémoslo: el Emperador no fué á Italia ni como representante, ni en interés del liberalismo, sino para acabar con los restos de la Santa Alianza; para destruir, descuajando sus raices, el pseudo-sistema de Equilibrio europeo creado en 1814 y 1815; para quebrantar, en fin, el poder del Austria, única Potencia ya cuyo Gabinete se esfuerza en dar vida al cadáver de aquella política que, enviando á morir cautivo en Santa Elena al Gran Capitan del siglo, creyó haber para siempre detenido el curso y progreso de la civilizacion y de las ideas.

Que el triunfo de Napoleon III en Italia necesariamente habia de redundar en beneficio de los grandes Principios formulados en la Revolucion de 1789, estaba tan claro que, al primer anuncio de la Guerra, prorrumpieron liberales y retrógrados en un grito, de esperanza los primeros, y de furibundo despecho los últimos; pero Napoleon, lo repetimos, no iba mas que á cortar definitivamente con su espada el nudo Gordiano de la política legitimista.

Con inteligencia y vigor inaugurada la campaña, noblemente secundados los Franceses por el Piamonte, y con valor heróico por unos y otros reñidas las batallas, en pocas semanas fué el Austria despojada de la Lombardía, con enormes pérdidas en sangre y tesoros, y mengua notable de su usurpado prestigio, revelándose al mundo la debilidad esencial de su poder, todo de artificio, y, como el del Coloso de la Biblia, insistente en fundamentos de frágil barro. Pero la Francia habia dejado ya en el campo de batalla cincuenta mil hombres, y gastado crecidísimas sumas; la *Especulacion*, demasiado poderosa todavía en aquel pais, comenzaba en la Bolsa á significar, con la baja de los fondos públicos, el sobresalto de su metalizado egoismo; y por otra parte, en Toscana, en Parma, en Módena, en los Estados Pontificios, tomaba el movimiento popular colosales y aun amenazadoras proporciones.

Para penetrar, pues, en el Cuadrilátero, y apoderarse de sus gigantescas plazas, y redimir del yugo austriaco al pais Véneto, era forzoso positivamente exigirle á la Francia nuevos y no leves sacrificios en gente y dinero; y muy probablemente dar rienda suelta al movimiento popular en Italia, dejándole salvar la valla

que marca los límites entre el Liberalismo y la Democracia, fomentándolo, identificándose con él, y aceptando sus consecuencias todas, buenas y malas. Era preciso, en suma, que Napoleon III se preparase, llegadas ciertas circunstancias, á dejar hundirse, con los tronos de los Grandes Duques, no solo el de Nápoles, sino tambien el temporal del Papa, y á constituirse en Jefe y Campeon de la propaganda Republicana en el mundo entero, á riesgo de que la Democracia le pidiera un dia las cuentas que con ella tiene atrasadas. Semejante perspectiva tenia poco de lisonjero para el Emperador de los franceses, preciso es confesarlo; pero, dado que ella no le arredrase, ¿Qué hubiera hecho entonces la Europa?—Veámoslo.

La Inglaterra, á la sazon regida por los Torys, habia permanecido desde luego neutral en la contienda; pero de los antecedentes de sus gobernantes debia temerse que, mas bien se inclinaran á la parte del Austria, que á la de Francia. Esta, á mayor abundamiento, hubiera necesariamente, en la hipótesis que nos ocupa y suponiendo tambien que de la guerra saliera vencedora, tenido que arrogarse en el Continente cuando menos, una supremacía tan parecida á la Dictadura internacional, que la fuerza solamente podria obligar á la Gran Bretaña á tolerarla, aun cuando á ella no se extendieran de ningun modo sus efectos. Nada favorable, pues, podia prometerse Napoleon de sus vecinos de allende el Canal de la Mancha; y sí, por el contrario, era muy de temer que un dia se adunasen con sus enemigos.

Por lo que respecta á la Prusia, no era de esperar que, por rivalidades puramente alemanas, consintiese nunca en la ruina completa del Austria; menos aun en que de tal modo se engrandeciese Francia, que pudiese un dia reivindicar en las orillas del Rhin sus límites naturales. De la Confederacion Germánica en general es casi inútil decir que, á poco que la guerra se hubiese en Italia prolongado, fuérale forzoso unir sus tropas á las austriacas.

Réstanos solo hablar de la Rusia, y fácilmente se comprenderá que, si el Czar, movido tanto por consideraciones de alta política como por sus fundados resentimientos, pudo y debió consen-

tir en que Napoleon III, arrebatase á la casa de Habsburgo todas ó las mas de sus posesiones en Italia, así que hubiera visto empeñada la lucha en los términos de nuestra hipótesis, por necesidad habia de ponerse de parte, no del Austria precisamente, sino del principio en cuya virtud es Autócrata de todas las Rusias.

Para los que profesamos las doctrinas liberales con fe ardiente, semejantes eventualidades, aunque siempre temerosas, son al cabo preferibles á la esclavitud política de un solo pueblo en el mundo: pero ese punto de vista no es, ni puede racionalmente esperarse que sea, el de quien ocupa un trono.

Napoleon, pues, como él mismo se lo confiesa al Pontífice Romano en su notabilísima carta del 31 de Diciembre (de 1859), se detuvo en Villafranca por temor á la Revolucion: pero ni fué su temor de aquellos que empecen la honra del varon constante, ni la detencion llevó consigo el propósito de retroceder un solo paso de los ya adelantados.

Otra cosa creyó el mundo, no tenemos dificultad en confesarlo; otra cosa debieron creer, en el primer momento, todos los no iniciados en el siempre impenetrable pensamiento del Emperador de los franceses: pero si se hubiera, á sangre fria y sin preocupaciones de sistema, considerado la situacion relativa de las Potencias beligerantes, claramente se comprendiera desde luego lo que los hechos nos están hoy con su evidencia demostrando.

Austria perdió definitivamente, en Villafranca, la Lombardía entera, conservando la Venecia, pero bajo promesa de darle un Gobierno puramente italiano. En cuanto á los Duques prófugos, ofrecióse Napoleon á emplear su influencia para que, prévia la aceptacion por parte de ellos de un sistema constitucional, volviesen á recibirlos sus respectivos Ducados; y de las Legaciones, solo se dijo que se procuraria que volviesen á la obediencia del Padre Santo.

De tales estipulaciones, dedujo el bando retrógrado que Napoleon *obligaria* á los Italianos á todo aquello que solamente se habia comprometido á *aconsejarles* condicionalmente; otro tanto creyó el partido liberal; y para unos y otros, en consecuencia, redujéronse los resultados de la campaña de Italia á la anexion

de la Lombardía al Piamonte, en cuyo caso quedárase la cuestion como antes estaba, sobre poco mas ó menos; mas con esta diferencia, que habiendo crecido el poder y fuerzas de Victor Manuel, en todo lo que menguado habian las de Francisco José, iba á ser pronto, mucho mas inminente que nunca antes, un nuevo rompimiento entre ambos Monarcas.

Aplazar así la cuestion, sin resolverla en ningun sentido, antes bien complicándola y exacerbándola, fuera indigno de un hombre de Estado de las altas dotes, que ni sus mas encarnizados enemigos pueden negarle al Emperador de los Franceses. Por nuestra parte—nuestros amigos políticos lo saben—aunque forzados á juzgar, como todos, solamente por los hechos que llegan á conocimiento del público, jamás le hemos hecho el agravio de suponer que los Preliminares de Villafranca y el Tratado Zurich, fuesen una humilde palinodia ante la legitimidad cantada, ni un acto de contricion y arrepentimiento por las Victorias de Solferino y de Magenta.

Nó: Napoleon hizo alto, mas sin ánimo de retroceder, volvemos á decirlo con profundo convencimiento; y si su liberalismo no fué, no es, no será nunca bastante para hacerle arrostrar los riesgos de una Revolucion radical, su orígen popular no le consiente tampoco tremolar, al lado de la Bandera tricolor, el negro Pendon del Retroceso.

Buscando, pues, un término medio entre la Revolucion y la Reaccion, no ha sido inconsecuente, sino lógico en su peculiar política, que podrá no ser en todo la que nosotros deseáramos, pero que es acaso la única buena y sobre todo posible, dadas las condiciones especiales en que él se encuentra.

Su propósito, desde su ya histórica conferencia con Francisco José hasta la publicacion del célebre Folleto *El Papa y el Congreso*, ha sido, á nuestro juicio, como acostumbran á serlo todos los suyos, no menos profundo que complejo.

Profundo, en cuanto se encaminó á que los hechos evidenciaran al universo, que no hay para la cuestion de Italia mas solucion posible, si la paz de Europa no ha de turbarse, que la por él propuesta; y complejo porque, al mismo tiempo que á

ese fin, se propuso llegar tambien, y ha llegado en efecto, á demostrar que, sin su vigorosa moderacion y su hábil perseverancia, ardiera ya el Continente en desoladora lucha empeñado.

IV.

Cavour, resignando su puesto inmediatamente despues de la Paz de Villafranca; Victor Manuel, envainando su espada vencedora, sin murmurar siquiera una queja; Garibaldi, convertido en apóstol de la conformidad y de la paciencia, privaron á los reaccionarios hasta de pretexto para provocar medidas de proscripcion y retroceso. Los Ducados, á sí propios abandonados en la ansiedad de la incertidumbre; las Legaciones, aunque de contínuo en su precaria independencia amenazadas, condujéronse tambien con prodigiosa cordura; y firmes á par que moderados unos y otros, ni un ápice cedieron de su derecho, pero ni un ápice tampoco se excedieron de lo absolutamente indispensable para conservarse libres.

¿Qué hace, en tanto, el Emperador de los franceses? Aconsejar en Roma que se secularice, liberalizándolo además, el Gobierno Pontificio; aconsejar á los Ducados que se reconcilien con sus antiguos Príncipes, y á estos que hagan posible la conciliacion, ofreciendo de buen grado lo que la civilizacion moderna imperiosamente reclama; aconsejar en Nápoles la templanza, ó por lo menos la misericordia; aconsejar en Turin la paciencia y la reserva; aconsejar á todos y siempre, que, transigiendo, eviten un general conflicto; y para que la Transaccion sea mas solemne y estable, convocar á la Europa entera á celebrar en París un Gran Congreso.

Quiso indudablemente Napoleon III, y es muy probable que todavía lo quiera, que al desaparecer en Derecho, como ya de hecho han dejado de estar en vigor los tratados de 1815, fuesen los representantes de las Potencias mismas que en París tambien los ajustaron, los que para siempre declarasen abolidas aquellas leyes internacionales, en mengua de la Francia y

odio de los principios de su gran Revolucion, concebidas y redactadas.

¿Imaginó alguna vez el Emperador que tan hábil combinacion pudiera llegar á realizarse por entero, sin vencer antes grandísimos obstáculos?—No lo sabemos, ni nos importa: pero dado que durante un plazo mas ó menos largo así lo creyera, desengañóse por lo menos á tiempo.

Ni los Ducados, ni las Legaciones, ni el Rey de Nápoles, ni el Papa, han querido seguir sus consejos: solamente el Piamonte, bien inspirado, como siempre de muchos años á esta fecha, se ha conformado con ellos; y la cuestion, por tanto, háse venido á reducir á la indeclinable alternativa de intervenir en Italia de nuevo á mano armada, ó sancionar diplomáticamente los hechos consumados, sacando de ellos, en interés del Equilibrio Europeo y del comun sosiego, el mejor partido posible.

Consideramos el negocio, como se vé, no segun nuestras opiniones progresistas, sino bajo su aspecto mas favorable á los principios conservadores, mientras no dejan de ser liberales.

Napoleon ha optado por la solucion pacífica; y la aparicion de un folleto para siempre memorable, *El Papa y el Congreso*, extra-oficial, pero muy significativo anuncio de su pensamiento hasta entonces completamente desconocido, despertó á los someros políticos del bando retrógrado, del éxtasis de reaccionaria esperanza en que yacian deliciosamente arrobados; como tal vez á deshora hace el súbito estampido del cañon volver en sí al centinela visoño, que acaso soñaba con las dulzuras del hogar paterno, cuando el proyectil que á sus plantas estalla le obliga á tornar, mal que le pese, á la realidad amarga de la vida.

Detengámonos un momento á considerar imparcialmente un documento de tal importancia.

V.

Por lo que respecta á los Ducados de Toscana, de Parma y de Módena, solo á los ex-Grandes Duques puede haber dolorosa-

mente sorprendido el anuncio de que la Francia no intervendrá armada, ni consentirá que nadie intervenga, para forzar aquellos pueblos á someterse de nuevo y mal su grado, á sus prófugos Príncipes. Compadecemos la desdicha de estos: pero mucho mas compadeceriamos la de sus antiguos súbditos, si los viésemos violentamente uncidos otra vez al quebrantado yugo. No mas, pues, sobre el negocio: todo está dicho en cuanto á los Ducados, cuya emancipacion proclama el autor anónimo de *El Papa y el Congreso*. Lo grave, lo trascendental, lo difícil, es aquí la cuestion de los Estados Pontificios; y esa, por tanto, la que con atencion profunda examinar debemos.

Segun la historia, los treinta y dos primeros Papas, todos Santos, no tuvieron autoridad temporal de ningun género. Pipino el Breve, Rey mas ó menos legítimo de los Francos, les hizo donacion de veinte y tantas villas ó ciudades; Carlo-Magno, que habia menester el apoyo moral de la Iglesia para llevar á cabo su gigantesco plan de resucitar el imperio de Occidente, emancipándose, y emancipando á casi toda la Europa, de los Emperadores Bizantinos, fué quien confirmó, ampliándolas, las concesiones de su antecesor y padre.

Data, pues, solamente del siglo VIII de la era cristiana y procede de una Donacion graciosa del Rey Pipino y su hijo el Emperador Carlo-Magno, lo que se llama el *Patrimonio de San Pedro*, no siendo ni mas ni menos que un pequeño Reino, donde como Soberanos temporales gobiernan los Papas, y que ha crecido y menguado, y vuelto á crecer para menguar de nuevo, segun las vicisitudes de los tiempos, muchas, frecuentes, y tempestuosas en Italia, sobre todo durante la interminable contienda allí reñida entre Güelfos y Gibelinos, ó sea entre el Sacerdocio Latino y el Imperio Germánico.

Napoleon I, expulsando al Papa de sus dominios todos, hizo á su hijo en la cuna Rey de Roma; los Tratados de 1815—y nótese bien esta circunstancia—los Tratados de 1815, no solo devolvieron al Pontífice el antiguo *Patrimonio de San Pedro*, sino que además le agregaron las Legaciones.

En la cuestion pendiente, pues, nada hay de *religioso;* todo

es puramente *político:* si los Estados Romanos tuviesen un Príncipe seglar, hallaríanse hoy las Legaciones en idéntico caso que los Ducados: pero el *Rey de Roma* y el *Jefe supremo*, en lo espiritual, del orbe católico, son una misma persona. De ahí las dificultades, por eso claman á grito herido los Ultramontanos, que el folleto *El Papa y el Congreso* es un atentado contra el Catolicismo, y Napoleon, á quien ayer aun incensaban considerándole como el Azote de Dios sobre el Liberalismo, es hoy en sus labios no sabemos si un Nabucodonosor sacrílego, ó un apóstata como Juliano.

Despechados porque ayer le adularon interpretando equivocadamente sus actos, maldícenle hoy, solo porque procura interponerse entre el Pontificado y el abismo á que sus, tal vez sinceros, pero tambien desatentados campeones, le precipitan ciegos.

Porque, en resúmen: ¿Qué dice el folleto, que aconseja Napoleon en su carta á Pio IX?

Que, para salvar el resto de sus Estados, devolverle el sosiego á Italia, y conservar la Paz en Europa, haga el Padre comun de los fieles el sacrificio de sus Derechos temporales sobre unas Provincias nunca de buena voluntad á su dominio sujetas, durante largos años solo por las bayonetas austriacas y sus sanguinarias Comisiones militares sometidas, y hoy *de hecho ya emancipadas*, y resueltas á defender su independencia á todo trance.

Tales son la doctrina anti-católica, y el irremisible pecado del Folleto y del Emperador de los franceses.

En teoría, para fallar así ha sido preciso tergiversar las frases, dar tormento á las palabras, y calumniar las intenciones; considerada la cuestion en la esfera de la práctica, cerrar los ojos á la evidencia de los hechos, prescindir de la época en que vivimos, suponer las cosas como tal vez no eran hace muchos siglos, y aferrarse en que, de la suerte de Pueblos civilizados y valerosos, puede disponerse en 1860, como de la de los embrutecidos siervos *apegados al Terruño* se disponia allá en los tiempos de Recesvinto.

«Desmembrar las Legaciones del Estado Pontificio, es privar

»al Papa de su poder temporal!»—¿Por qué?—¿Cómo?—¿De qué manera?

¿Ha dejado España de ser Nacion Soberana é independiente, no tienen Poder temporal sus Reyes, por haber perdido, no ya una Provincia ó un Reino, sino todo un Mundo?—No son la extension, ni el número, ni la fuerza misma, las dotes que en derecho constituyen la esencia de los Estados Políticos; sino sus títulos reconocidos á la independencia y á la autonomía.

Emancipar, pues, las Legaciones, será disminuir la esfera de accion del Poder temporal del Pápa; no minarlo por su base. El primitivo *Patrimonio de San Pedro* bastó para que durante siglos considerase el mundo entero como Soberanos temporales á los Pontífices: ¿Qué razon hay para que ahora se juzgue de otro modo?—«Mas debilitais de tal modo ese poder, que venís de hecho á anularlo;» replican los Ultramontanos.—Nó, responde el Folleto y nosotros con él, nó: con las Legaciones, como sin ellas, hace muchos años que ese poder no tiene recursos, ni prestigios temporales, para sustentarse y vivir de su propia fuerza.

La ocupacion de las Legaciones por los Austriacos, la de Roma misma por los Franceses, ya vá para once años, lo están diciendo en muy claras y elocuentes voces. Retiráronse los Alemanes, y en el acto se sublevaron las Legaciones: qué sucederia en Roma, si los Franceses la abandonasen hoy, estremécenos pensarlo.

Desde Villafranca y antes quizá, Napoleon III indicaba el único medio capaz entonces de conservar la integridad de los Estados Romanos, y de hacer en lo sucesivo posible en ellos la soberanía temporal del Pontífice: *secularizar el Gobierno, liberalizarlo*, entrar, en fin, en la senda de la civilizacion moderna, franca y resueltamente.

Eso no ha querido hacerse; eso mismo quizá fuera ya hoy inútil hacerlo en las Provincias pronunciadas; y Napoleon dice, con razon sobrada: «Solo interviniendo con las armas se devol»verán á Roma las Legaciones; y la intervencion ni á mí me «es lícita, ni yo puedo de parte de otros consentirla.»

Sean, en buen hora, las Legaciones un miembro del Patrimonio de San Pedro, corroido por la Peste Revolucionaria; mas por lo mismo que está gangrenado, es forzoso y urge ya el amputarlo.

Pero al formular el Folleto y el Emperador, y con ellos el mundo civilizado, esa conclusion á que se llega inevitablemente por cualquier camino que para estudiar el negocio se tome, redoblan los gritos de furor, multiplícanse los iracundos lamentos, y zumban en nuestros oidos los fulminantes anatemas de los Ultramontanos.

Tocar al Dominio temporal del Papa es sacrilegio, es crímen de leso Catolicismo.

Permítasenos que no nos dejemos así condenar, tan sin causa ni derecho.

Nuestro Redentor Divino, Señor de Cielos y Tierra, nada quiso poseer en este valle de lágrimas, mientras le santificó con su presencia en forma humana. «Mi Reino, dijo, no es de este »mundo;» y tambien: «Dadle al *César* (precisamente al entonces Soberano de Roma) lo que es del César; á Dios lo que es de Dios.»

Los Apóstoles no tuvieron, no codiciaron, no hablaron que sepamos, de Patrimonio alguno, menos de poder temporal todavía.

San Pablo predicaba la obediencia al mismo Neron; San Pedro, el primer Papa, instituido por el Divino Maestro mismo; estuvo en Roma sí, pero preso y perseguido, hasta que, en fin, allí mismo recibió la gloriosa Palma del Martirio.

Durante siete siglos y medio consecutivos, los primeros, los mas difíciles, y tambien los mas fértiles en triunfos espirituales, y en Santos venerables como en esclarecidos Doctores fecundos, la Iglesia Católica, regida por Papas sin dominio temporal de ningun género, antes bien en lo civil y político sometidos, ya á los Emperadores de Constantinopla, ya á sus delegados los Patricios de Roma, y ocasionalmente tambien á los Lombardos y otros Bárbaros; la Iglesia Católica, repetimos, en esas sus siete primeras centurias, extirpó casi completamente la idolatría en el mundo entonces conocido, arraigó profundamente en numerosos

pueblos sus doctrinas, púsose al frente de la civilizacion moderna, hizose depositaria del saber humano, y pobló el cielo de bienaventurados Confesores y de heróicos Mártires.

No se nos diga, pues, que el Poder temporal es de Dogma, ni de Disciplina, ni de esencia en el Catolicismo. Será un accidente importante para el Pontificado, pero accidente sin carácter alguno religioso; y reducida así la cuestion á términos de pura *conveniencia*, hácese política, cae bajo el dominio público, y es opinable sin riesgo para la conciencia, ni temor de incurrir justamente en ninguna censura eclesiástica, por mas que en su discusion sea preciso apartarse alguna vez de lo que á los intereses clericales conviene, en el órden temporal puramente.

El Folleto y Napoleon creen conveniente hoy el poder temporal del Papa: estamos de acuerdo con esa proposicion, pero no con algunas de las razones en que él folletista la funda, ó mas bien con la forma en que las expresa.

«Si el Papa no es Soberano temporal, habiendo de ser por ne»cesidad súbdito de alguna Potencia, seria en tal caso Francés ó »Italiano, Español ó Austriaco, y no, como conviene á todos que »sea, Pontífice Supremo é independiente del orbe Católico.»

Verdad es: la preponderancia exclusiva sobre los Papas de un Potentado cualquiera ha sido y seria siempre una gran calamidad para el mundo Cristiano. Necesario es que el Papa sea independiente como hombre, para que libre é imparcialmente pueda ejercer sus augustas funciones de Pastor Supremo de la Iglesia.

¿Pero la independencia de los Papas procede, por ventura, de su poder temporal? La verdadera cuestion es esa; y para resolverla basta con ojear la historia, y aun con fijar algunos instantes la vista en el Mapa de Europa.

Escójanse la época histórica que se quiera, el Pontificado que mas convenga, y el momento en que mas anchos límites, mas numerosa poblacion, y mas poderío tuvieron los Estados del Papa; y dígásenos de buena fe, si, aun entonces, no le sobraran fuerzas al menos importante de los Príncipes Soberanos contemporáneos, para despojar de sus dominios al Rey de Roma, si aquel no fuera al mismo tiempo el Vicario de Cristo.

La fuerza de los Papas no ha consistido nunca en su poder temporal, nunca: lo que ha sucedido siempre, y no podia menos de suceder, es que el prestigio inmenso del Pontificado sirvió de escudo á la debilidad del Soberano de Roma.

Así, pues, lo que el Folleto hubiera debido decirnos, y en realidad propone, es que la Europa neutralice el territorio en que el Papa resida, garantizándolo en comun contra todo atentado particular exterior ó interior, y suministrándole, porque es justo, al Obispo de los Obispos lo que todo pais católico suministra á sus Prelados y Clero.

De todas maneras, y sea el que fuere el punto de vista que se escoja para considerar esta gravísima cuestion, no puede menos de formularse ya en estos términos, ú otros equivalentes:

«Reconstituir los Estados Pontificios de manera que el Sumo »Pontífice, gozando en ellos de absoluta independencia, pueda go»bernarlos sin que tropas extranjeras acrediten, con solo ocu»parlos, que ni el Papa es en realidad libre, ni reina mas que »en virtud de prestadas fuerzas.»

El Folleto anónimo y la carta del Emperador Napoleon al Papa, nos dan la solucion de ese problema en esta fórmula:

«Resignarse á la pérdida de las Legaciones, hecho ya consu»mado; secularizar el Gobierno liberalizándolo, al menos lo in»dispensable para poder entenderse con el resto de Italia.»

Fuera de ese camino, no hay mas que otros dos: el de la *Reaccion*, y el de la *Revolucion*: ambos conducen inmediatamente á la *Guerra universal*; y en definitivo resultado pudieran muy bien dar de sí, tanto el uno como el otro, la completa ruina del Poder temporal de Roma.

En su mano está elegir todavía; mas aun cuando desacertadamente lo hiciese, todavía fuera deber del mundo civilizado evitar un cataclismo que á todos, católicos y no católicos, puede sernos funesto.

VI.

Fuera de la solucion propuesta por el Emperador de los franceses, hemos dicho, no hay mas que la Guerra universal, y con ella, á nuestro juicio, gravísimos riesgos para el Pontificado en cuanto poder temporal; para los intereses políticos del catolicismo; y para el mundo entero.

Tan graves aserciones requieren alguna explicacion; y vamos á darla aunque muy sucintamente.

Consideremos, en primer lugar, el estado actual de los negocios políticos en Italia.

Apenas leido el célebre Folleto, el partido ultramontano lanza un grito de alarma, preludio inequívoco de sus anatemas. Antes de que el Emperador se explique oficialmente, Pio IX se declara resuelto á no consentir en transaccion alguna; y Napoleon, al saberlo, publica en el *Monitor* su carta de 31 de Diciembre al Padre Santo: carta que, sustancialmente, reproduce el pensamiento consignado en su escrito por el autor de *El Papa y el Congreso*.

Simultáneamente vemos que, á la acritud de las relaciones entre Paris y Lóndres, sucede la mas cordial inteligencia; el Conde de Persigny en Francia, y Lord Cowley en Inglaterra, trocando sus papeles, gestionan cada cual cerca de su respectivo Gobierno en nombre, puede decirse, cada cual del extranjero; el Conde Waleski, instrumento de la política favorable á los Ultramontanos, cede su puesto á un nuevo ministro sin compromisos; Prusia Protestante, y Rusia Cismática, guardan por ahora silencio: mas, al parecer, algo han debido decir las Potencias Católicas, ó al menos Austria y Nápoles, cuando el Congreso se aplaza indefinidamente, ya que no sea para las Calendas griegas.

Dícese que un Protocolo, acordado entre Francia é Inglaterra, sentará las bases del arreglo definitivo, y que ese Protocolo que-

dará abierto, para que todas las Potencias puedan, cada cual de por sí, adherirse á él si les place.—No sabemos lo que tendrá de cierto ó de aventurada esa noticia: pero si el Congreso no ha de reunirse, forzoso será que de alguna manera se ponga término á la amenazadora interinidad que sobre la Italia gravita directamente, y á toda Europa tiene con razon alarmada.

Mas sea de eso lo que fuere, los hechos dominan en esta cuestion á las combinaciones diplomáticas.

Los Ducados desean incorporarse al Piamonte, y no quieren de ningun modo recibir á sus antiguos Príncipes.

Las Legaciones están resueltas á rechazar con la fuerza la dominacion pontificia.

El Piamonte y la Lombardía, simpatizando vivamente con los Ducados y las Legaciones, solo por gratitud y deferencia á Napoleon III, no se han puesto ya de su parte sin rebozo.

Venecia rúmia su desesperacion, ya sin paciencia para soportar resignadamente las cadenas que la abruman.

Si fuera posible la *intervencion armada*, único medio que cabe para volver en todo ó en parte al *statu quo ante bellum*, Italia opondria indudablemente la *fuerza revolucionaria* á la *fuerza militar!...*

¿Quién se atreve á garantizar el triunfo de la última? ¿Quién puede calcular las consecuencias de un nuevo levantamiento, que necesariamente pondria en combustion todos los elementos revolucionarios que hoy fermentan subterráneamente, por decirlo así, en Europa?

Al grito de libertad, lanzado á un tiempo por toda Italia: ¿No responderian la Polonia y la Hungría? ¿No habria para él ecos en Nápoles, en Alemania, en la Francia misma?

Y si la Reaccion venciera: ¿No es evidente que barreria, como el Simoun las arenas del Desierto, todo lo que directa ó indirectamente procediese del aborrecido gérmen revolucionario?

Los Grandes Duques, restablecidos en sus tronos por fuerza de armas, y las Legaciones otra vez por bayonetas extranjeras reducidas al yugo que detestan, significarian hoy, con mas violencia todavía que entonces, lo mismo que significaron en 1815 las

victorias de los aliados; significarian indudablemente una reaccion desenfrenada; y veria el mundo absorto,

A Napoleon en Santa Elena,

Y Enrique V en las Tullerías;

A D. Pedro V emigrado,

Y D. Miguel de Braganza en Lisboa;

A Isabel II destronada,

Y Montemolin en Madrid.

Reducida la cuestion, como quieren los Ultramontanos, á términos de fuerza, hay que optar entre sus dos soluciones extremas:

La *Revolucion* que, á buen librar, nos entrega á la Democracia Republicana;

Y la *Reaccion*, que se creeria misericordiosa, haciéndonos otra vez esclavos del Santo Oficio.

Dichosamente, la Intervencion armada en Italia no parece hoy posible; ni lo será, mientras los Italianos se conduzcan con la cordura que hasta aquí lo han hecho.

La Francia vencedora, no debe, ni quiere intervenir.

El Austria que quisiera, no puede, porque está vencida y sola;

La Inglaterra es, sobre protestante, liberal;

La Prusia herética;

La Rusia cismática;

Nápoles impotente;

Portugal se basta apenas á sí mismo;

España..... En cuanto á España, trataremos la cuestion en párrafo aparte.

Que Francia no quiere intervenir armada para restablecer en los Ducados y en las Legaciones el régimen y los Príncipes que desaparecieron de la escena al oir el primer cañonazo de Magenta, es notorio ya por la declaracion solemne formulada por el Emperador en su carta al Papa; y que no debe tampoco quererlo, parécenos fácil de probar.

¿Por qué y cuándo, tuvo lugar el alzamiento de las Provincias que los Ultramontanos y legitimistas consideran hoy como rebeldes?

Porque el programa de Napoleon III, al pasar los Alpes, les

aseguraba que su propósito era arrojar á los Austriacos de toda Italia; y *cuando*, trabada ya la lucha, comprendieron que, por una parte, podian contar con el apoyo de las armas francesas, y por otra facilitarles el triunfo con su levantamiento. Movido por razones que dejamos en su lugar expuestas, puso término el Emperador á la guerra, en Villafranca, ofreciendo á un enemigo hondamente quebrantado sin duda alguna, pero todavía no incapaz de luchar, interponer sus buenos oficios para que todo lo no conquistado materialmente hasta entonces por las armas Franco-Piamontesas, volviese á su estado anterior, salvas ciertas y determinadas modificaciones.

Ya lo hemos dicho, y el mundo lo sabe: Napoleon ha cumplido lealmente sus promesas á Francisco José, aconsejándoles que transijan sus diferencias así á los Ducados y á los Duques, como al Papa y á las Legaciones. Si ni de una ni de otra parte se le ha querido escuchar, la culpa no es suya; y no hay razon para que se le obligue á mas de lo prometido. ¿Cómo puede hoy decirles, cómo, á los que, fiados en su palabra y para lidiar bajo sus banderas se alzaron, que esas mismas banderas marcharán contra ellos, si no se someten á los mismos Príncipes que, huyendo de las armas francesas y desertando sus tronos sin defenderlos, fueron á refugiarse en las filas austriacas?

Tamaña inconsecuencia, tan negra ingratitud, deslealtad tan insigne, y abuso de fuerza tan brutal como inmotivado, serian inconcebibles en nuestro siglo.

Napoleon, pues, no quiere intervenir armado contra la Italia Central, porque no debe hacerlo.

Piden los Ultramontanos, en último recurso, una excepcion para los Estados Pontificios: mas el Emperador ha comprendido que no puede, que no debe concederla, so pena de incurrir en grave contradiccion consigo mismo.

Hijo sumiso, como católico, del Jefe de la Iglesia, aconsejó Napoleon, como político previsor, al Soberano temporal de Roma, en tiempo oportuno, que secularizase y liberalizara su Gobierno. Desoidas sus prudentes razones, hánse afirmado mas que nunca las provincias sublevadas en rechazar de sí un Gobierno clerical

que las bayonetas austriacas les impusieron largos años. ¿Por qué ha de convertirse el vencedor de Solferino en *opresor reemplazante* de aquellos á quienes sus armas arrollaron, y precisamente contra los que á todo riesgo de su parte se pusieron?

Imaginarlo siquiera es un despropósito que apenas se explica, ni por el fanatismo mas ciego.

«Y bien (insisten los Ultramontanos), si Napoleon no inter»viene, que deje intervenir á otros, ó lo que es lo mismo, al »Austria.»

Pero Napoleon fué á Italia precisamente á expulsar de ella á los Austriacos; pero, como el Equilibrio Europeo exige que Italia sea independiente, autorizar ó consentir la intervencion armada en aquel pais de cualquier Potencia extranjera, seria un verdadero contraprincipio.

La presencia de las armas de Francisco José en la Venecia, es ya un peligro constante, una amenaza perpétua para la Paz universal; la aparicion de uno solo de sus batallones en cualquier otro punto de Italia, seria la señal de la Guerra.

Francia é Inglaterra, además, están de acuerdo en esa cuestion; Rusia no tiene interés alguno, sino muy al contrario, en que se restablezca el *statu quo ante bellum;* y Prusia no ha de romper lanzas por Roma, mientras no vea los intereses propios, ó los de la Confederacion Germánica, amenazados.

La intervencion armada en Italia, volvemos á decirlo, nos parece hoy de todo punto imposible, mientras los Italianos mismos no den motivo, ni pretexto, para que las Grandes Potencias Occidentales, y muy especialmente la Francia, vean ó crean ver que entre ellos se fomenta y desarrolla alguna fiebre revolucionaria, de esas á cuyo solo anuncio se estremece todo Gobierno constituido.

Nada tememos del Piamonte, mientras ocupe aquel trono Victor Manuel, y la tan liberal como prudente política del Conde Cavour prevalezca en sus Consejos; gran confianza nos inspiran la consumada prudencia y juicioso patriotismo de que están dando tan difíciles como repetidas muestras, los Ducados; y esperamos que, en las Legaciones, no hará la impaciencia, aunque no-

ble y justa, naufragar el bajel de su emancipacion, cuando ya descubre cercano el puerto á que boga!...

¡Dios fortalezca el sufrimiento de los Venecianos con el bálsamo de la esperanza!—¡Dios inspire la necesaria cordura para resignarse, á todos aquellos á quienes todavía hoy no puede la redencion extenderse!—¡Dios, en fin, haga que la voz del Patriotismo sofoque en algunos corazones entusiastas, la del fanatismo político! Y seguros estamos de que, triunfando, por esta vez al menos, el derecho de la fuerza, los Ducados y las Legaciones dispondrán libre y prudentemente de su destino político.

VII.

De los hechos que dejamos expuestos y comentados con leal imparcialidad, aparece para nosotros con evidencia, que la Cuestion de Italia acaba de dar un paso de Gigante hácia su definitiva resolucion, que acaso se demore menos de lo que unos temíamos y otros quisieran.

El Piamonte y la Lombardía están ya unidos;

Los Ducados, cuando menos, libres de sus antiguos Príncipes;

Las Legaciones garantizadas contra toda intervencion armada extranjera;

Todo lo que resta, pues, por determinar es:

1.° Si los Ducados y las Legaciones se incorporarán al Piamonte, ó se formará un nuevo Estado en la Italia Central.

2.° Cómo han de reconstituirse los Estados Pontificios, y cuáles serán, en lo temporal, sus relaciones con lo demas de Italia.

3.° Qué género de Gobierno podrá dársele á Venecia para hacerle soportable su mala suerte; y posible el que forme parte de la Confederacion Italiana.

4.° Si Nápoles, en fin, ha de continuar siendo siempre lo que, por desdicha, ha sido en el anterior Reinado, y no vemos señales de que deje por ahora de ser en el presente.

De esos cuatro puntos, los dos primeros son de indeclinable urgencia; el tercero nos parece que, como las ódres de Ulises, encierra en sí el gérmen de las tempestades; y muy difícil creemos orillar el cuarto por términos conciliatorios.

Pero: ¿Quién ha de resolver cuestiones de tanta importancia y trascendencia?

Parécenos indudable que la primera dará asunto á las tareas de la Diplomacia, pues si bien no es dudoso que, libre de todo compromiso, optaria la Italia Central resueltamente por unirse al Piamonte y á la Lombardía, quizá les parezca á algunos de sobra formidable el poder que en tal caso tuviera el nuevo Reino.

A nuestro juicio seria error gravísimo no atenerse á los votos de las Provicias interesadas. Italia no podrá nunca llenar su mision de *Potencia intermedia* entre las del Norte y Occidente, mientras no se constituya vigorosamente; y si reunida toda, en cuanto es hoy posible, bajo el cetro de Victor Manuel, su poder será bastante para vivir de su propia vida, dejando de ofrecer fácil presa á extranjeras ambiciones, nunca tal que alcance á inspirar fundados recelos á la Francia, ni aun al Austria misma en cuanto Nacion alemana.

Basta, sin embargo, la consideracion que arriba apuntamos, para suponer que, en todo caso, intervendrá la Diplomacia para sancionar, al menos, el definitivo destino de los Ducados y de las Legaciones.

¿Cómo han de reconstituirse los Estados Pontificios?—*Hoc opus, hic labor est*: en eso estriba la verdadera dificultad, y de ahí proceden todos los peligros de la situacion; dificultad y peligros, conviene tenerlo siempre muy presente, que serian los mismos, aun cuando las Legaciones no se hubiesen de Roma segregado, ó á su dominio volvieran á sujetarse.

Porque, desde 1849 hasta la paz de Villafranca, ha sido preciso que una parte del Dominio temporal de los Papas estuviese ocupada por los Austriacos, y otra por los Franceses, para que Pio IX pudiera ejercer el Pontificado en la Ciudad Eterna, y llamarse, mucho mas que ser en realidad, Monarca en el Patrimonio de San Pedro.

Ahora bien: si los Franceses prosiguen guarneciendo á Roma: ¿Dónde estará la independencia del Papa?—Y si Napoleon retira de allí sus armas, impidiendo que las releven los Austriacos: ¿Cuánto durará allí la Soberanía temporal del Pontífice?

Tales como están las cosas, y mientras el Padre Santo escuche y siga los errados consejos de sus actuales Ministros políticos, el problema no tiene racional solucion.

Decímoslo francamente: lo propuesto en *El Papa y el Congreso*, y en términos generales repetido en la carta del Emperador á Pio IX, es á nuestro juicio lo único posible en interés de la Paz comun: pero la cuestion no queda resuelta, sino aplazada.

Puesto que Roma se niega rotundamente á secularizar su Gobierno; puesto que rehusa admitir en él hasta las no excesivamente liberales instituciones que le plugo á Napoleon III otorgar á la Francia; y puesto que, en consecuencia, está aquella Corte resuelta á no gobernar nunca de acuerdo con la civilizacion, necesidades, sentimientos y aspiraciones de todos sus súbditos no Eclesiásticos ó que de la Iglesia no viven: ¿Qué arbitrio queda para conciliar la indispensable independencia de la Italia, con la conservacion, que se cree necesaria, del Poder temporal del Pontificado, como garantía de su libertad de accion en lo espiritual?

Radicalmente esa dificultad se salva, segun unos, aboliendo de una vez para siempre el Poder temporal; segun otros, fusilando sin contemplaciones de ningun género á cuantos se opongan con el pensamiento siquiera, á vivir mal gobernados eternamente.

Ni uno ni otro extremo son admisibles para Napoleon III, ni para nadie, sean las que fueren las opiniones políticas que profese, como la sana razon no haya perdido.

Doloroso es para la escuela liberal á que pertenecemos, ver que haya de excluirse ahora de los beneficios de la independencia y libertad constitucional, á cierto número de italianos: pero consuélanos, y quisiéramos que á ellos tambien les consolase, la seguridad que tenemos de que, dado como está ya el impulso y adquirida por el Progreso la velocidad con que caminar le vemos, disipando al romperlas con su poderoso empuje las mas densas nieblas del oscurantismo, poco ha de tardar el tiempo en

traer á todos, por sus pasos contados, los bienes que hoy solo á algunos alcanzan. Demencia seria, mostrándonos fuera de sazon y sin medida exigentes, alejar quizá el desenlace que nuestra impaciencia precipitar quisiera.

Otro tanto decimos á los Conservadores, menos ó mas afines al liberalismo: «no lo negueis todo ahora, si no quereis que al»gun dia la fuerza todo os lo arrebate á pesar vuestro.»

Mas para neutralizar y garantir de tal modo el nuevo territorio de los Estados Pontificios; para organizarlos de manera que el Pueblo se administre al menos, sin temores contínuos de verse por la Teocracia hasta en el Municipio acosado; y el Padre Santo los gobierne sin bayonetas extranjeras, y sin recelo de asonadas ni de revoluciones, preciso será el acuerdo unánime y sincero de todas las Grandes Potencias, y el asentimiento de las católicas.

La Diplomacia, pues, ha de intervenir en ese punto como en el primero, sea valiéndose del medio de los Protocolos, sea discutiéndo en un Congreso.

Parcos, muy parcos seremos al hablar de la cautiva Venecia: su infelicidad misma nos impone el deber de medir y pesar nuestras palabras.

Que el Austria conserve aquel importantísimo territorio en Italia, es hoy con evidencia un contraprincipio, pero tambien un hecho diplomáticamente reconocido y sancionado.

Que, si Venecia se insurreccionase de nuevo, seria vencida y diezmada, de no contar mas que con sus propias fuerzas, es verdad harto palmaria; y que el menor auxilio que de sus compatriotas recibiese, autorizaria al Gabinete de Viena para hacerle otra vez la guerra á Victor Manuel, nadie en su cabal juicio puede dudarlo.

¿Acudiria Napoleon III de nuevo en socorro de los italianos? *Hoy*, creemos que no: *mañana*, cabe en lo posible que lo hiciese: pero mañana pudiera ser *ya tarde*, y en todo caso la guerra asolaria de nuevo los campos de la Península latina, cuyos límites pudiera muy bien trasponer, extendiendo sus estragos á toda Europa.

Por términos de fuerza, pues, y considerada concretamente la cuestion de actualidad, la inmediata emancipacion de Venecia nos parece hoy, por desdicha, harto improbable.

Si el Austria conociera sus verdaderos intereses, desharíase de una Provincia donde es abominada, y que, sin reportarle provecho alguno, ha de empeñar el Tesoro de Viena en gastos muy superiores á sus exiguos fondos, siéndole además constantemente un motivo de alarma, y un manantial de recelos y de angustias. Pero el Austria prefiere siempre dejarse abatir por la fuerza, á transigir con la razon; y nada puede, por consiguiente, esperarse de ella.

En ese punto, por tanto, todo han de hacerlo las negociaciones Diplomáticas, induciendo á Francisco José á cumplir sus ofertas solemnes de Villafranca, ó lo que es lo mismo, á dotar á Venecia de un *Gobierno italiano*, con independencia suficiente para no ser ni colonia ni provincia del Imperio, sino un pequeño Reino, cuyo Monarca sea el Emperador de Austria.

Incompleta es tal solucion: pero más que de su insuficiencia, tememos de la torcida voluntad de los que han de llevarla á cabo.

¡Dios vela por los oprimidos: esperémoslo todo de su misericordia y de su sabiduría!!

Ni Napoleon III, ni la Inglaterra pueden abandonar á Venecia en su desventura, sin hacer cuanto esté de su parte, que es mucho aun dentro de los límites de la Diplomacia, para aliviar el peso de sus cadenas, mientras suene la hora providencial, que ha de llegar al cabo, para que la Reina del Adriático, hoy mísera esclava, alce en fin, otra vez radiante, su coronada frente.

¿Qué diremos de Nápoles, que la Europa escandalizada no tenga ya olvidado de puro sabido?

La Francia y la Inglaterra, para no ser oficialmente testigos de lo que allí pasaba, tuvieron no ha mucho que retirar de la antigua Parténope sus representantes, y cortar relaciones con un Gobierno, al cual daban en vano la Rusia ejemplos, y el Austria consejos de templanza, en su increible absolutismo.

Quizá hoy haya mayor moderacion que entonces en los hechos: pero el sistema prosigue siendo el mismo; y ese sistema es radicalmente incompatible con el que prevalece ya en gran parte de Italia, y prevalecerá muy pronto en toda ella.

No pedimos, no queremos, no aprobariamos una interven-

cion extranjera armada, ni aun para darle á aquel pais la Libertad Constitucional, ó por lo menos lo que ha dado en llamarse, mal que le pese al sentido comun, un *Absolutismo ilustrado:* pero séanos lícito señalar á la Diplomacia Europea ese escollo para el sosiego de Italia, ese peligro para la Paz del Occidente, ese anacronismo de civilizacion, en fin, que en Nápoles vemos.

Resumamos ya lo hasta aquí dicho:

Los Ducados y las Legaciones no pueden volver á sus antiguos Príncipes, y es evidente, ó que se agregarán al Piamonte, que seria, á nuestro parecer, lo preferible; ó se formará con ellos un nuevo Estado en la Italia Central.

Venecia, si no puede ser por ahora emancipada, reclama un Gobierno italiano al menos.

Nápoles necesita, en interés de la Paz comun, reformas radicales en su actual sistema de Gobierno.

Ninguna de esas cuestiones se resolverá probablemente por fuerza de armas: á la Diplomacia toca la difícil empresa de orillarlas.

Napoleon III, si no el árbitro absoluto, es por lo menos el eje en que estriba hoy la Política internacional en Europa; y Napoleon III, unido como lo está con la Inglaterra, puede y querrá, si mucho no nos engañamos, resolver pronto y conforme á las miras que ya todos en él conocemos, el gran problema del Equilibrio Europeo, inconciliable con los intereses y seguridad de las Naciones occidentales, mientras no haya en Italia un poderoso Reino independiente.

Y lo habrá, sin duda, y pronto: Dios lo quiere, y será.

Así encuentra España planteada la gran cuestion del siglo.

VIII.

¿Qué debe, qué puede hacer el Gobierno español en la cuestion italiana, dadas las circunstancias en que se halla la Europa, y las especiales de nuestro pais?

Procuremos investigarlo imparcialmente: no se trata aquí de intereses de Partido, sino del espíritu del siglo, del Equilibrio europeo, y del porvenir de nuestra importancia en la gran República de los Pueblos civilizados.

Cuando en 1855 protestaron armadas la Francia y la Inglaterra contra las pretensiones de la Rusia á extender hasta la Ciudad del Bósforo, si no mas al Oriente todavía, los límites de su Imperio, perdimos por desdicha de las circunstancias, ó por error deplorable, una propicia ocasion de reaparecer digna y activamente en la escena del mundo Político, de donde nos tenian apartados causas que no son de este lugar, y harto conocidas, á mayor abundamiento. El Gobierno Piamontés, á quien ciertamente no importaba mas que al nuestro la toma de Sebastópol, procedió entonces con la prevision que los hechos hoy acreditan.

De nuevo y en mas propicias condiciones, por hallarse el Gobierno exclusivamente en manos de un Partido, nos abrió la fortuna las puertas del Areopago político-internacional, cuando las armas Francesas cruzaron los Alpes en defensa de la Independencia italiana. Tampoco quiso nuestro Gobierno asociarse entonces á los que representaban y sostenian la santa causa del Progreso; antes, por el contrario, declarándose oficialmente neutral, de hecho se opuso á las expontáneas manifestaciones que muchos españoles quisieran hacer de sus ardientes simpatías por la Independencia de Italia.

La única parte, pues, que el Gobierno español ha tomado modernamente en la cuestion trans-alpina, consiste en haber enviado á Italia en 1849, algunos millares de soldados, para que de lejos—y no por culpa suya ni falta de su habitual denuedo, sino por la fuerza de las circunstancias—presenciaran la conquista de Roma por las tropas de la República francesa.

Supuestos tales antecedentes, cuya evidente notoriedad nos dispensa de toda prueba, parece que lo natural seria que España, fiel á su sistema en estos últimos tiempos, prosiguiera siendo impasible expectadora de cuanto acontece mas allá de las cumbres del Pirineo; y limitándose, como hasta aquí, á reconocer, cuando ya nadie se lo agradece, los hechos consumados y los

diversos *Gobiernos* y aun *Dinastías* de ellos procedentes.

Citaremos algunos hechos históricos muy significativos, que ahora se nos vienen á la memoria.

El Gobierno, absoluto por supuesto, del Sr. D. Cárlos IV, reconoció en 1795 á la República francesa, que dos años antes habia mandado á la Guillotina al desdichado Luis XVI.

En 18 de Agosto de 1796, contrajo el mismo Gobierno del Sr. D. Cárlos IV, *Alianza ofensiva y defensiva* con la antes citada República; y sucesivamente fué reconociendo al General Bonaparte como *Primer Cónsul*, como *Cónsul Perpétuo* poco despues, y en fin, como *Emperador* bajo el nombre de Napoleon I.

La famosa *Guerra de las Naranjas*, y la funesta catástrofe de *Trafalgar*, no fueron los únicos frutos de tal política, que dió tambien de sí el Reino de Etruria, aceptado para una Infanta de España; el proyecto de hacer la apotéosis del escándalo, coronando Rey feudatario de los Algarbes á Godoy; y en último resultado las renuncias de Bayona.

Rechazar heróicamente la invasion extranjera, fué hazaña exclusiva del Pueblo Español, que comenzó la titánica lucha así que se vió libre del gobierno absoluto, y terminóla en San Marcial, ya constitucionalmente regido.

El Sr. D. Fernando VII, en 1830, reconoció como sucesor del muy legítimo Rey cristianísimo Cárlos X, á Luis Felipe, Rey de los Franceses por obra y gracia de las Barricadas.

Por último, desde el advenimiento al trono de la Señora Doña Isabel II, su Gobierno ha reconocido sucesivamente, y siempre cuando en él preponderaban los principios *Conservadores*, al Gobierno provisional de la Revolucion, que expulsó del trono y de Francia á Luis Felipe, y su Dinastía; luego al General Cavaignac, que sucedió á Lamartine; despues al Presidente Luis Napoleon, que reemplazó á Cavaignac; y en fin al Emperador Napoleon III.

Luis XVI y Cárlos X eran, cada cual en su tiempo, los jefes de la rama primogénita de los Borbones; Luis Felipe, aunque de la segunda del mismo tronco, descendiente por línea recta de San Luis, y tan próximo á la legitimidad, que únicamente le se-

paraba de ella la persona del conde de Chambord, por sus partidarios llamado Enrique V.

Ni aplaudimos ni censuramos, porque no hay ahora por qué ni para qué; referimos lisa y llanamente esos hechos de nuestra historia contemporánea que constan todos *de oficio en la Gaceta*, porque ellos corroboran nuestra primera asercion, demostrando hasta la evidencia que, desde el último tercio del siglo pasado hasta el sexagésimo año del presente, en que escribimos, la Política exterior de nuestro Gobierno ha tenido casi constantemente por principio y regla de conducta, la máxima de *reconocer los hechos consumados*, no obstante haber muchos de ellos contradicho y aun vulnerado los dogmas fundamentales del sistema político entre nosotros dominante.

Una sola excepcion, que confiadamente esperamos ha de ser para la Patria gloriosa, una sola excepcion puede citarse en contra nuestra: la Guerra, que en estos momentos tan bizarramente están las tropas españolas sosteniendo en el suelo africano: pero, en verdad, nadie que de buena fe discuta querrá argüirnos con ella.

Nuestras armas no ventilan hoy en el Imperio marroquí una cuestion política europea, sino una cuestion de honra; y cuando á tal punto se llega, no es ya la cabeza, sino el corazon lo que tanto las naciones, como los hombres bien nacidos, consultan. Por eso está hoy, y por eso solamente, realizándose en España un fenómeno sin ejemplo, acaso, en los fastos de los paises constitucionalmente regidos: todas las Oposiciones han hecho expontánea tregua con el Ministerio, sin que ese nada les otorgue, nada les ofrezca siquiera para lo futuro. Todos los españoles, todos, estamos igualmente interesados en la honra del Pendon español; y para mantenerla ilesa, para levantarla tan alto como sea posible, sacrificariamos, si necesario fuese, nuestras vidas, como ya hoy en el altar de la Patria hacemos ofrenda con nuestro silencio unas veces, con nuestro apoyo otras, de mas de un interés de Partido, y de mas tambien de un sentimiento político. La Guerra de Africa nada prueba, en resúmen, contra la proposicion que dejamos sentada, apoyándonos en hechos notorios.

Siendo, pues, evidente que la Política exterior de nuestro

Gobierno ha sido hasta aquí de *expectacion* y *neutralidad*, parecia lógico que, al tratarse de resolver una cuestion, en la cual ninguna parte activa hemos tomado, esperase resignado, ya que no tranquilo, su desenlace, haciendo en buen hora votos por unos ó por otros, pero votos para todos inofensivos.

Hay, sin embargo, segun deducimos del lenguaje de ciertos periódicos, hay quien entiende que el Gobierno español *está en el Deber de intervenir* en la cuestion de Italia, para algo mas que reconocer á su tiempo los hechos consumados; y si parte de los que así piensan, limita prudente sus aspiraciones á una *intervencion diplomática* que, cuando mas, llegara á las *Protestas*; tambien hay otros, mas entusiastas ó menos cautos, que casi, casi, embocan ya la trompa guerrera, y predican la *Cruzada* contra los autores, cómplices y parciales de la emancipacion de los Ducados y de la Romanía.

Adivínase fácilmente que el núcleo y base de ese Bando que, para generalizar sin ofender, llamaremos *anti-italiano*, consisten en las fuerzas del partido teocrático-absolutista: pero es preciso tener en cuenta que han ido á engrosar sus filas muchos de los llamados conservadores, que son en realidad reaccionarios, con mas, segun la voz de que, por ser la de todos, nadie responde, bastantes de esos hombres que no pasan ni por absolutistas, ni por conservadores, pero que por razones que se sabrán ellos, dícese que tratan de vestir ahora el nuevo levítico uniforme.

Pero sea de eso lo que fuere, lo que importa es averiguar qué conducta conviene á España que su Gobierno siga en la cuestion de Italia.

Abordemos la dificultad sin ambajes ni circunloquios: para que España se oponga, en una ú otra forma, al pensamiento del Emperador de los Franceses, se alegan únicamente estas dos causas:

1.ª Que la Dinastía reinante tiene ciertos derechos de Reversion sobre los Ducados de Parma, Plasencia y Guastala, hoy en uno y bajo el nombre del primero reunidos.

2.ª Que somos una *Nacion Católica*, y obligada por ende á mantener la integridad de los Estados Pontificios.

Fernando VII demoró su accesion al Acta final del Congreso de Viena (9 de Julio de 1815), hasta que el sentido de su artículo 99 se fijó en el tratado especial de 10 de Junio de 1817, estipulándose en él (art. 3.°) que al fallecimiento de la Archiduquesa María Luisa de Austria, esposa de Napoleon I, pasarian los Ducados, sucesivamente, á la Infanta de España Doña María Luisa, hija de Cárlos IV y ex-Reina de Etruria, á su hijo el Infante Don Cárlos Luis, y á sus descendientes varones en línea recta masculina.

En la suposicion, pues, de que fallezcan, *sin descendientes varones*, el Duque Roberto I, hoy niño de unos doce años, y su hermano el Príncipe Enrique, que cuenta tres menos, habria lugar, segun el Tratado de 1817 (art. 3.° y 5.°), á la Reversion del Ducado de Parma en favor de la *Rama española de los Borbones*.

Un poco remota es la eventualidad, para la importancia que quiere dársele; pero hay que notar, además, que como están las cosas, trátase no de una cuestion española en el sentido político, sino puramente de interés privado para la augusta familia que ocupa el trono.

La diferencia es inmensa en nuestra época, y en un país regido parlamentariamente.

Una cosa es que pueda corresponderle algun dia á algun Príncipe, ó tal vez á un Monarca español, el Ducado de Parma; y otra muy distinta fuera que la Monarquía española tuviese derechos eventuales á ciertos y determinados territorios.

En el primer caso, que es precisamente en el que nos hallamos, el Rey de España pudiera muy bien ser Duque de Parma: pero Parma no seria ni provincia, ni colonia, ni súbdita en manera alguna de España. La situacion, en lo político, seria idéntica á la que tuvimos con Cárlos V, Emperador de Alemania y nuestro Rey simultáneamente, sin que el Imperio dependiese de nosotros, ni nosotros del Imperio.

Está claro, pues, que ningun interés político del pais aconseja, ni mucho menos obliga, á nuestro Gobierno á oponerse de frente á la *solucion liberal* de la cuestion italiana, solo porque uno de sus términos sea la emancipacion del Ducado de Parma.

Interponga, en buen hora, el Gobierno español su mediacion con las Grandes Potencias, para hacer mas llevadera su mala suerte á los destronados; procure tambien, si es preciso, la decorosa compensacion que en lo posible quepa, á los derechos eventuales hoy tan amenazados; pero sea todo ello amistosamente, por vias conciliatorias, y sin atravesarse de ningun modo en el camino de la regeneracion de Italia.

En honor de la verdad, es de esperar que por lo menos no se haga un *Casus belli* de la Reversion de los Ducados; pero en cambio la desmembracion de los Estados Pontificios es, para nuestros políticos mas ó menos devotos, un gran crímen que el Gobierno de *la España Católica* está en el deber de impedir á toda costa, y sin reparar en riesgos, ni detenerse ante mundanos respetos.

Ya hemos dicho y demostrado que, la de los Estados Pontificios, no es cuestion religiosa directa ni indirectamente; y que la emancipacion de las Legaciones no van, ni Napoleon, ni un Congreso, ni Potencia alguna á decretarla, sino que es un hecho ya consumado, consecuencia lógica é indeclinable de antecedentes muy conocidos, y que solo podria deshacerse por medio de una *Intervencion armada* que, si no fuera felizmente imposible, seria un inagotable manantial de calamidades para Europa.

«No importa: somos una *Nacion Católica*, y estamos en la »obligacion de defender al Pontífice del Catolicismo!»

Lo estariamos indudablemente—*pudiendo*—si se tratara de que cualesquiera herejes ó cismáticos marcharan contra la Eterna Ciudad, amenazando de ruina y exterminio al templo del Señor y á su gran Pontífice juntamente.

Pero ni eso es; ni cabe felizmente en lo posible.

No solo nadie intenta faltarle al respeto al Vicario de Cristo, ni amenguar en lo mas mínimo sus sagradas atribuciones espirituales; sino que, realmente no versa la cuestion sobre el Papa. De quien se trata es del Soberano de Roma. Son una misma persona aquel y este, verdad es; pero esa persona representa, y se quiere que siga representando, dos distintas entidades: una la Religiosa, ante la cual deben los Católicos postrarse humildes;

otra, la de Príncipe temporal, por necesidad sujeta á todas las eventualidades que lleva consigo el poder político.

No se niega la Romanía á la autoridad espiritual del sucesor de San Pedro; lo que rehusa es someterse á un Gobierno que contradice todos sus instintos, y procura sofocar todas sus aspiraciones.

Sobre lo político se contiende; lo espiritual queda á salvo: el Catolicismo, pues, nada tiene que ver en el negocio.

Fácil nos fuera citar multitud de ejemplos de Príncipes muy católicos, y de aquellos tiempos pasados por que la hueste retrógrada suspira de contínuo, que, no solamente no se creyeron obligados á tirar siempre la espada en defensa de los Estados Pontificios, sino que los invadieron y talaron sin escrúpulo alguno de conciencia.

No hay para qué: lejos de tratarse de hacer la guerra al sucesor de San Pedro, lo que se procura y desea es evitar todo sangriento conflicto cerca de la veneranda persona del Padre Santo.

No mas sobre esto: de sobra hemos dicho ya, para convencer de la razon que nos asiste, á todo el que con ánimo imparcial nos lea.

Que descartado, como lo está, el argumento religioso de esta discusion, no queda pretexto alguno para que se pretenda imponer al Gobierno español el deber de intervenir contra los Ducados, ni contra las Legaciones, es claro como la luz del medio dia, cuando mas pura y radiante: pasemos, por tanto, á examinar si, ya que no obligatoria, seria la intervencion políticamente acertada.

Como Nacion occidental, está en nuestro interés la emancipacion de la Italia. Verdad es que tenemos á la Francia por barrera entre los Pirineos y el Norte: pero no menos que, vencidos los Franceses, mucho camino tendrian andado sus vencedores para invadir nuestro territorio. Hay además entre las Naciones una mancomunidad de intereses, y una analogía de destinos, indeclinablemente determinada por sus orígenes, historia, y relativas situaciones geográficas. Italia, Francia y España, constituyen la Raza Latina; á un tiempo subyugaba Roma las Galias y la Penín-

sula Ibérica; simultáneamente invadian ambos paises las tribus Germánicas; á la par caminamos durante la Edad media; casi á un tiempo nos constituimos unitariamente; y amigos ó enemigos, un vínculo indestructible de histórica consanguinidad nos ha enlazado siempre.

En la hipótesis de una lucha entre Francia y las Potencias del Norte, nosotros no podremos nunca permanecer neutrales; lidiariamos al lado de los Franceses ó contra los Franceses, sin poder evitarlo, aun queriéndolo.

Napoleon I trató de hacer de España un Reino feudatario de su cetro, no precisamente por extenderlo sobre algunos centenares mas de leguas, sino para *asegurarse las espaldas*, y pase por lo gráfica la vulgaridad de la frase, mientras contra el Austria y la Rusia lidiaba. Bueno era el fin, los medios para realizarlo fueron los malos en todos conceptos.

No queremos por eso decir que nuestra política haya de ser siempre la de la Francia; ni mucho menos quisiéramos que renaciesen aquellos malaventurados tiempos en que el *Pacto de Familia* nos convirtió en satélites del Astro trans-pirenáico: nó. Queremos una política española, en todo independiente: pero la independencia y el aislamiento son dos cosas muy distintas.

Relaciones tienen entre sí los Estados, como los individuos; y esas relaciones determinan, en gran parte, la Política de los Gobiernos, como la conducta de los hombres en sociedad constituidos.

En suma, lo que tenemos por demostrado es, que nuestra política y la de Francia, como la de la Inglaterra, con respecto al Norte de Europa, reclama imperiosamente la Independencia de Italia.

Y si las razones de conveniencia nos aconsejan asociarnos al pensamiento de Napoleon III en ese punto, no lo deben hacer menos las simpatías que, como Potencia constitucional, debe inspirar el Piamonte á nuestro Gobierno constitucional igualmente.

El Rey de Nápoles y los grandes Duques, así como el Gobierno temporal de la Romanía, jamás se han prestado á concesion alguna que tendiese á limitar la autoridad suprema, ni á darle al

Pueblo intervencion directa ó indirecta en los negocios públicos. Cerdeña, por el contrario, se rige parlamentariamente.

¿De parte de quién deben estar las simpatías del Gobierno constitucional de la Reina de las Españas, por la gracia de Dios y la Constitucion, Doña Isabel II de Borbon?

Pero hay mas todavía, y sentimos tener que recordárselo á los que blasonan de *Monárquicos* por excelencia: tanto ó mas que por amor á las instituciones parlamentarias, debe el Gobierno Español sentirse inclinado á favorecer la Independencia italiana, en interés de la *Dinastía* en España Reinante.

Nápoles protestó, en efecto, contra la abolicion de la Ley Sálica, ó lo que es lo mismo, contra los derechos á la sucesion de la Corona de la entonces Infanta, y hoy Reina Doña Isabel II. Nápoles, durante la guerra civil, no ha reconocido á nuestra Reina, favoreciendo, por el contrario, con todas sus fuerzas la causa del Infante D. Cárlos; y Nápoles, aun despues de su tardío reconocimiento de unos derechos que las Córtes en nombre de la Nacion sancionaron, que el esfuerzo de nuestros siempre valerosos soldados hizo triunfar en Arlaban y Luchana, y que el General Espartero supo, para su eterna gloria, hacer en Vergara que fuesen unánimemente por todos los Españoles confesados; Nápoles repetimos, aun despues de haber reconocido á Isabel II, enlazó una de sus infantas con el Conde de Montemolin.

No recordamos si protestaron ó no los grandes Duques: pero sabemos muy bien que el Austria, de cuya política fueron siempre planetas subalternos y son hoy víctimas, no reconoció á la Reina Constitucional hasta muy tarde y despues de haber, como Nápoles, auxiliado á D. Cárlos, si bien con la indecision y cautela que en general caracterizan la marcha del Gabinete de Viena.

Tampoco el Gobierno temporal de los Estados Pontificios reconoció á Isabel II, mientras pudo el partido absolutista conservar la mas remota esperanza de triunfo. Roma ha sido notoriamente, durante la *Guerra civil de sucesion*, un cuartel general carlista, y un foco perenne de Conspiraciones contra el trono de Isabel II.

Todos esos son hechos de que hemos sido testigos presencia-

les y á veces víctimas, los mas de los hombres que, de una ú otra manera, y con mas ó menos títulos, hemos figurado en España en la escena política en estos últimos treinta años.

Ahora bien: mientras el Austria, Roma, Nápoles y los Ducados, se conducian como acabamos de verlo, la Francia y la Inglaterra, reconociendo desde luego á Isabel II entonces en la cuna, prestaban á la Reina Regente y al Bando liberal que la sustentaba, su apoyo unas veces moral solamente, otras efectivo en armas, pertrechos, municiones y aun soldados.

¿De qué parte—preguntamos—de qué parte deben estar, en consecuencia de tales antecedentes, las simpatías de los que blasonan de eminentemente dinásticos?

Seguro es que no hay un solo *carlista* que no sea decidido partidario del Austria, de los grandes Duques, y de la intervencion para reducir las Legaciones otra vez al Gobierno temporal de Roma.

IX.

Admitamos, empero, hipotéticamente y solo para completar el raciocinio, que no estuviera tan claramente demostrado, como á nuestro parecer lo queda, que el Gobierno español procederia contra los intereses nacionales, contra los del sistema parlamentario, y contra los dinásticos mismos, oponiéndose á la emancipacion de los Ducados y á la de las Legaciones.

En tal hipótesis—que solo para la fuerza de nuestros argumentos admitimos momentáneamente—todavía fuera preciso examinar si puede nuestro Gobierno, sin comprometer gravemente los intereses *de actualidad* y *de porvenir* del País, lanzarse á la política de teocrático-caballerescas aventuras que los Ultramontanos le aconsejan.

Dos solos caminos hay para complacer á esos Señores: el de las negociaciones diplómaticas, y el que se resume en la *última ratio Regum*, es decir: la fuerza de las armas.

Imaginar que nuestra Diplomacia, por hábil y experimentada que sea en el dia, ha de apartar de sus designios al Emperador de los Franceses y al Gabinete inglés, nos parece una quimera del deseo, por no decir un absurdo. Intentarlo es muy posible: —¡Quiera el cielo que no sea probable!—pero los resultados de esas gestiones, con evidencia inútiles, obligados están á considerarlos muy detenidamente, porque de ellos han de responder á sus propias conciencias, á sus conciudadanos hoy, y á las generaciones futuras en el porvenir, los hombres que tienen á su cargo regir la nave del Estado.

Parcos por patriotismo en esta materia, diremos sin embargo lo indispensable á nuestro propósito del momento.

Nuestras relaciones internacionales mas íntimas, aquellas que, en bien como en mal, pueden ejercer y de hecho han ejercido, ejercen y ejercerán siempre mas influjo en nuestra condicion política, son las que forzosamente hemos de tener, en Europa con la Francia y la Inglaterra, en Asia con esa misma potencia, y en América con los Estados-Unidos.

Francia es el eslabon que, por los Pirineos, nos enlaza con el resto del Continente; y su conquista de Argel, que nos la ha traido ya en frente de nuestro litoral de Levante, puede ponernos algun dia en contacto con ella tambien en el Africa.

Inglaterra, tanto por su marítimo poderío, por su situacion geográfica, y por las necesidades de su comercio, como en virtud de la riqueza agrícola de nuestro suelo, de la extension de nuestras costas, y de la importancia de nuestros puertos en ambos Mares, déjase comprender fácilmente todo el bien y todo el mal que puede hacernos, y recíprocamente recibir de nosotros.

En cuanto á los Estados-Unidos, basta nombrar á Cuba, para dispensarnos de entrar en mas explicaciones.

Supongámosle á la Francia, durante la Guerra civil, los mismos intereses y sentimientos políticos que tuvo el Austria; sustituyamos al Gobierno Parlamentario de la Gran Bretaña otro animado del espíritu que animaba entonces al de Nápoles; y es indudable que, cuando menos, la lucha se hubiera prolongado todavía mucho tiempo en daño del País, dado, que interviniendo

aquellas Potencias en favor del Carlismo antes de que la Reina Gobernadora y los liberales pudiesen organizar las huestes defensoras de Isabel II, no colocasen en el trono por mas ó menos tiempo al Pretendiente. Recordemos el año de 1823.

Para España, pues, Francia é Inglaterra son los dos Estados cuya benevolencia ó desvío tienen mas importancia; y si es verdad, loado sea Dios por ello, que *unidos los Españoles*, bastaremos siempre á sustentar nuestra nacional independencia; no lo es menos que no siempre estamos unidos, y que, aun respetándose la Independencia Nacional, pueden hacérsenos gravísimos daños. Correr tal riesgo sin necesidad evidente, y romper con vecinos poderosos mientras la honra no lo exija, son actos á que el espíritu de partido ó el fanatismo pueden inclinar en determinadas ocasiones á banderías, ya políticas, ya teocráticas: pero á que ningun Gobierno digno de tal nombre, y compuesto de hombres sensatos, puede nunca prestarse.

Que el honor español esté empeñado en que la Independencia de Italia no llegue á realizarse, parécenos paradoja difícil de sustentar sériamente: daremos, en consecuencia, por sentado lo contrario; y partiendo, así de ese supuesto como de la importancia demostrada de que España conserve cordiales relaciones con la Francia y la Inglaterra, proseguiremos la ya breve tarea de evidenciar cuán desatinado seria indisponernos con ambos Gobiernos, á propósito de los Ducados y de las Legaciones.

Ya, con motivo de la guerra con los Marroquíes, es fama que media cierto desvío entre nuestro Gobierno y el de la Gran Bretaña; con injusticia, sin duda, de parte del Gabinete inglés; fácil y seguro de cortar, andando el tiempo, pues que la razon nos asiste: pero al cabo desvío diplomático que pudiera, por efecto de circunstancias imprevistas, trocarse en aversion entre los dos Pueblos, si no se corta oportunamente, como lo esperamos y deseamos.

Ignoramos cuál sea hoy el grado de intimidad de nuestras relaciones con la Francia: pero sabemos que esta se halla estrechamente unida con la Inglaterra en cuanto á la política en general, y muy especialmente por lo que respecta á la cuestion de Italia.

En tal estado de cosas, dejamos á la consideracion de todos los hombres de recto juicio y de algun conocimiento de los negocios, cuáles pudieran ser las consecuencias de que nuestro Gobierno, ya no muy en armonía con el de Inglaterra, y en términos casi hostiles con el de los Estados-Unidos, se opusiera de frente, por amor al Austria y mal entendido celo en favor del Poder temporal de Roma, al pensamiento de Napoleon III por la Inglaterra apoyado.

Ningun hombre hay en España, ninguno, mas distante de aquellos que hoy la gobiernan; ninguno tampoco menos dispuesto á tener nada de comun con su política, que el autor de estas páginas: pero con sinceridad lo dice: no hace al patriotismo, ni á la inteligencia de los actuales Consejeros responsables de la Corona, el agravio de suponerlos capaces, por ningun género de consideracion, de llevar al Pais, cuya suerte les está encomendada, por la senda de perdicion á que la Teocracia absolutista quisiera locamente arrastrarle.

Inútil, pues, y además peligrosa la via de las negociaciones diplomáticas, para detener en Italia el progreso natural de las ideas y de los acontecimientos: ¿Qué recurso le quedaria á nuestro Gobierno, si tan desalumbrado anduviese que se creyera en deber de oponerse á todo trance á la emancipacion de los Ducados y de las Legaciones?—Uno solo: la fuerza, es decir: un tratado de alianza ofensiva y defensiva.... ¿Con quién?.... Esa es la dificultad primera.

Bien les cuadrara al Austria y á Nápoles el refuerzo de algunos millares de valientes, como los que en este momento amenazan los muros de Tetuan: pero como el Austria no puede hoy hacer la guerra, y Nápoles tiene la fuerza que todos sabemos, esa liga es simplemente imposible.

Restan los grandes Duques sin ejército, y los soldados del Papa; por manera que seria preciso resolvernos á campar, solos y por nuestro respeto, contra la Francia y la Inglaterra; y no para defender el Suelo Patrio, ó nuestras posesiones ultramarinas, sino para cruzar, como Anibal, desde los Pirineos al Lago Trasimeno, atravesando las Galias y trasponiendo los Alpes; ó bien

para medirnos de poder á poder, en las aguas del Mediterráneo, con la Marina Británica, antes de poner la planta en las Playas de Ancona ó de Gaeta.

En verdad, cáusanos casi rubor tomar sériamente en consideracion tales delirios.

X.

Parécenos que, con la exposicion de los hechos, y despues de examinar, para mayor esclarecimiento de la cuestion, la profunda política del Emperador de los franceses, hemos probado lo bastante, para sentar como verdades demostradas, las proposiciones siguientes:

Napoleon III fué á Italia en interés del Equilibrio Europeo, del progreso de la Civilizacion, del porvenir del Occidente, y tambien del de su Dinastía, incompatible con el derecho público establecido en los tratados de 1815.

Su conducta, ilógica y versátil considerada desde el punto de vista de cada Partido, fué y es tan consecuente y perseverante, como profunda y sensata, dadas las circunstancias en que se encuentra el Emperador, los intereses que representa, y los fines á que no puede menos de encaminarse.

Su habilidad y tacto, juntamente con el patriotismo y cordura de Victor Manuel, de Cavour, de Garibaldi, de los Pueblos de los Ducados y de las Legaciones, han hecho inevitable la emancipacion de estas y de aquellos.

La obstinacion y ceguedad de los Ministros políticos del Padre Santo, negándose á toda concesion en tiempo oportuno, contribuyeron grandemente á la forzosa desmembracion de los Estados Pontificios.

Una intervencion armada, único medio bastante para retrotraer en Italia las cosas al *Statu quo ante bellum*, no es posible; porque ni Napoleon III ha de deshacer su propia obra, ni debe consentir en que nadie la deshaga.

Si esa intervencion fuera materialmente posible, conduciria á la *Guerra Universal*, como esta á una *Revolucion* desenfrenada, ó á una *Reaccion* mas completa y *radical* que la de 1815.

Hallándose, como lo están, de acuerdo la Francia y la Inglaterra en la cuestion de Italia, no puede el Austria oponérseles; y, dado que la Rusia y la Prusia no se les unan, como es de presumir, cuando menos permanecerán neutrales.

Las cuestiones secundarias sobre el definitivo destino de los Ducados y de las Legaciones; el sistema de Gobierno que haya de establecerse en Venecia; y la asimilacion política, en lo posible, del Reino de Nápoles al resto de la Italia y del Occidente, han de resolverse, y urge que sean resueltas, por la Diplomacia Europea.

El dominio temporal del Papa y cuanto á el se refiere, nada tienen de cuestion religiosa, sino meramente política; la cual, por tanto, puede y debe resolverse con arreglo á los principios de justicia y universal conveniencia, que son la base del Derecho de Gentes.

Es forzoso que la Europa toda garantice al Padre Santo la independencia de que ha menester para el libre ejercicio de su autoridad espiritual; á cuyo fin, debe neutralizarse el territorio de sus dominios temporales, y proveerse ámplia y magníficamente, á las necesidades, conveniencias y ostentacion, propias y dignas del Jefe supremo de la Iglesia Católica.

Hemos probado tambien que, así en el Folleto *El Papa y el Congreso*, como en la carta del Emperador al Pontífice, se contienen los principios y bases de ese arreglo, indispensable y urgente para asentar, en fin, el *Equilibrio Europeo*, en las anchas y sólidas bases de la *Soberanía Popular*, y de la estabilidad de los Gobiernos verdaderamente Nacionales.

Y hemos probado, en último lugar y contrayendo la cuestion á España, que no está en los deberes, ni en el interés de nuestro Gobierno, oponerse á las miras en ese punto de la Francia y la Inglaterra; y que si tal hiciera, contra la razon, contra la índole del sistema político parlamentario, contra el bien del Pais, y en perjuicio, además, de la Dinastía Reinante, no solo incurriria en

un error indisculpable, sino en gravísima responsabilidad ante el mundo hoy, y ante la historia mañana.

Cumplida está, pues, la mision que nos hemos impuesto al tomar la pluma; dejámosla, con la satisfaccion misma de conciencia con que el soldado depone en su tienda las armas, despues de haber hecho cuanto cabia en sus fuerzas, en honra de su Bandera y gloria de su Patria.

AL LECTOR.

A quien, como nosotros, ha consagrado toda su vida al servicio de la Patria, primero en la noble profesion de las Armas, luego en la Administracion civil, al cabo en el Gobierno y en el Parlamento, por mas que viva retraido de los debates políticos de cada dia, y consagrado á tareas literarias, no le es posible cerrar los ojos á los hechos, los oidos á las noticias, y el corazon, que aun palpita ardiente aunque en gastado cuerpo, al interés que la suerte de España y la de la humanidad entera, no pueden menos de inspirarle al que tiene hijos.

Yo veo que en la cuestion de Italia se va á plantear la del porvenir del Occidente; yo oigo, al mismo tiempo, que el Retroceso procura lanzarnos con tal motivo en tan iliberales como peligrosas vías.

No he podido permanecer espectador indiferente de un debate que, mal dirigido, puede conducirnos á términos extremos, todos á mi juicio funestos.

¡Est Deus in nobis! —La inspiracion, mas fuerte esta vez que mi deseo de soledad, y la desconfianza que mis escasas fuerzas me inspiran, me obligó escribir; y muéveme á dar á luz lo escrito, el deseo de contribuir con el *óbolo* de mi pobre inteligencia, á que todos aquellos de mis compatriotas que no pueden seguir la marcha de los sucesos paso á paso, se enteren y penetren fácilmente, hallándolos en breves páginas compendiados, del orígen, progresos, estado, importancia y trascendencia suma de la cuestion de Italia.

El público conoce ya, leido lo que precede, qué sentimiento me inspira, qué interés me mueve, qué objeto me propongo en estas páginas.

Una sola cosa me resta por decir: escribo, porque se me han cerrado las puertas del Parlamento, á pesar de los generosos esfuerzos que para abrírmelas hicieron, cuatro veces consecutivas, mis leales y muy amados correligionarios políticos en Madrid y Barcelona; y escribo en Folleto, porque la índole y dimensiones de los Periódicos Diarios no permiten tratar la cuestion tan extensamente como yo lo he creido necesario.

Espero, en fin, que estas páginas verán la luz pública, porque el debate está abierto; la cuestion es libre hasta ahora, puesto que á todos se ha permitido decir su opinion; y no estando en mis hábitos, ni en mi propósito, faltar nunca á las conveniencias sociales y políticas, seguridad debo tener y tengo de que, si tal vez muchas cosas de las que digo pueden no estar conformes con la opinion de los que gobiernan, no hallarán, sin embargo, ni una frase en estas páginas, que les dé fundado motivo para impedir que circulen.

En todo caso, con intentar lo que me parece provechoso, mi obligacion está cumplida.

Madrid, 23 de Enero de 1860.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

L

Hazien

Del Estado

Cobreros.

Albacoa Deseia

HARVARD LAW LIBRARY

FROM THE LIBRARY
OF
RAMON DE DALMAU Y DE OLIVART
MARQUÉS DE OLIVART

RECEIVED DECEMBER 31, 1911

BK 2004